



IOM • OIM

An illustration in shades of blue and green. Two children, a girl in a purple shirt and a boy in a yellow shirt, are walking away from the viewer through a dark, gnarled forest. The boy is carrying a glowing lantern. The trees have large, tooth-like openings. A large, glowing moon is visible in the background.

Camminos de luces y sombras:

Historias de niñas, niños y adolescentes migrantes

331.5

B837c Brenes Herrera, Ani
Caminos de Luces y Sombras: Historias de niñas, niños
y adolescentes migrantes / Ani Brenes, Laura Delgado,
Daniela Alvarez Keller. - 1 ed. - San José, C.R. :
Organización Internacional para las Migraciones, 2015.
104 p. : il. ; 22 X 28 cm.

ISBN: 978-9968-542-63-0

1. Inmigrantes - Relatos Personales. 2. Migración.
3. Niños. I. Delgado, Laura. II. Alvarez Keller, Daniela.
III. Título.

Elaborado por: Organización Internacional para las
Migraciones (OIM)

Autoras del texto: Ani Brenes Herrera, Laura Delgado
Tenorio y Daniela Alvarez Keller

Edición: Sofía Salas Monge y Mercedes Alvarez Rudín (OIM)

Ilustraciones, diagramación y diseño: Casa Garabato
(Ruth Angulo Cruz y Jeannina Carranza Castro)

Coordinadora de Programa: Sofía Salas Monge (OIM)

OIM agradece a la Secretaría de Bienestar Social de la Presidencia (SBS) de Guatemala, al Instituto Salvadoreño para el Desarrollo Integral de la Niñez y la Adolescencia (ISNA), Casa Alianza en Honduras, la Casa del Migrante de Tecún Umán en Guatemala y Sin Fronteras IAP en México, por su valiosa contribución a este esfuerzo mediante la recopilación de experiencias migratorias reales de niñas, niños y adolescentes en Mesoamérica.

La presente publicación ha sido elaborada con la colaboración de la Oficina de Población, Refugiados y Migración (PRM) del Departamento de Estado de los EE.UU. a través del programa regional “Fortaleciendo las Capacidades para Proteger y Asistir a Personas Migrantes en Situación de Vulnerabilidad en Mesoamérica” implementado por la OIM desde el 2010.



ÍNDICE



- Presentación..... **9**
- Alicia..... **14**
- Nahil **18**
- Eduardo **23**
- Mónica..... **28**
- Daniela..... **32**
- Ana..... **37**
- Lili y Josué..... **43**
- Sergio..... **49**

- Álvaro **54**
- Carlos **58**
- Pablo **64**
- Maya **69**
- Carolina **76**
- Micael **81**
- Lucas **88**
- Jorge **92**
- Mosaico **100**



La migración afecta a millones de niñas, niños y adolescentes en todo el mundo. El corredor de América Central-México-Estados Unidos sobresale en los últimos años al ver multiplicado por diez el número de niñas, niños y adolescentes migrantes, según estudios recientes¹.

A pesar de su creciente participación, existe falta de información estadística precisa que revele el número de personas menores de edad involucradas en el proceso de migración internacional². Entre los datos existentes, el Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (DHS) reporta que el número de aprehensiones de niñas, niños y adolescentes que arribaron a su frontera suroeste durante el 2013

¹ Estudio regional Niñez y migración en América Central y América del Norte: Causas, políticas, prácticas y desafíos, dirigido por la Universidad de California y la Universidad de Lanús, 2015.

² Consejo de Derechos Humanos. Report of the Special Rapporteur on the human rights of migrants. A/HRC, 2011.

fue de 38,759, mientras que a partir de octubre del 2014, el número de aprehensiones se incrementó a 68,541. Durante el 2015, el número de aprehensiones en Estados Unidos ha disminuido pero a su vez ha aumentado significativamente el número de personas menores de edad detenidas durante el tránsito por México.

Datos oficiales revelan además que, antes del 2012, la mayoría (más del 75%) de niñas, niños y adolescentes no acompañados provenían de México, situación que cambió en el 2014 cuando casi el 75% de todas las personas menores de edad que llegaron a la frontera sur de los Estados Unidos eran originarios de Honduras (28%), Guatemala (24%) y El Salvador (21%), con una proporción sustancialmente reducida (sólo 25%) de México³. En cuanto al sexo, aunque es mayor la cantidad de niños que de niñas migrantes, entre las aprehensiones de menores de 12 años, para 2014, se mostró un mayor incremento en el porcentaje de niñas (140%) que de niños (100%).

Lo cierto es que detrás de estas cifras se esconden historias y realidades que merecen ser consideradas en su complejidad y particularidad, reconociendo de esta forma que hay un ser humano – niña, niño y/o adolescente- que vive un drama real y merece protección.

En este contexto, el Programa Regional Mesoamérica Fortaleciendo

³ Cifras oficiales del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (DHS), 2014.

las Capacidades de Protección y Asistencia a Migrantes en Situación de Vulnerabilidad de la OIM, realiza una serie de esfuerzos para mejorar la protección de derechos y la asistencia a niñez migrante y mujeres que migran en condiciones de vulnerabilidad, personas víctimas de trata y violencia sexual, personas refugiadas y solicitantes de asilo, migrantes extra-continenciales e indígenas, poblaciones LGBTI migrantes, entre otras. Como parte de estas acciones, surgió la necesidad de recopilar relatos de niñas, niños y adolescentes migrantes en la región que visibilice este drama humano, sensibilice e invite a la reflexión sobre la cruda situación que enfrentan estas personas.

La OIM, a través del Programa Regional Mesoamérica (con fondos de PRM), espera que este libro llegue a ser un material de apoyo en el fortalecimiento de capacidades de personal de instituciones de gobierno y sociedad civil en la región mesoamericana. Pero más aún, aspira a que los caminos de luces y de sombras de 15 niñas, niños y adolescentes migrantes de la región que aquí se relatan, refuercen en quien los lea, su compromiso por trabajar a partir de enfoques de derechos humanos, género, diversidad, interculturalidad e interés superior del niño/a, incidiendo positivamente en la calidad de vida de las personas menores de edad.

Para la elaboración de este material se contó con la valiosa colaboración de los institutos de niñez y adolescencia de diferentes países de la región mesoamericana, así como de organizaciones de la sociedad

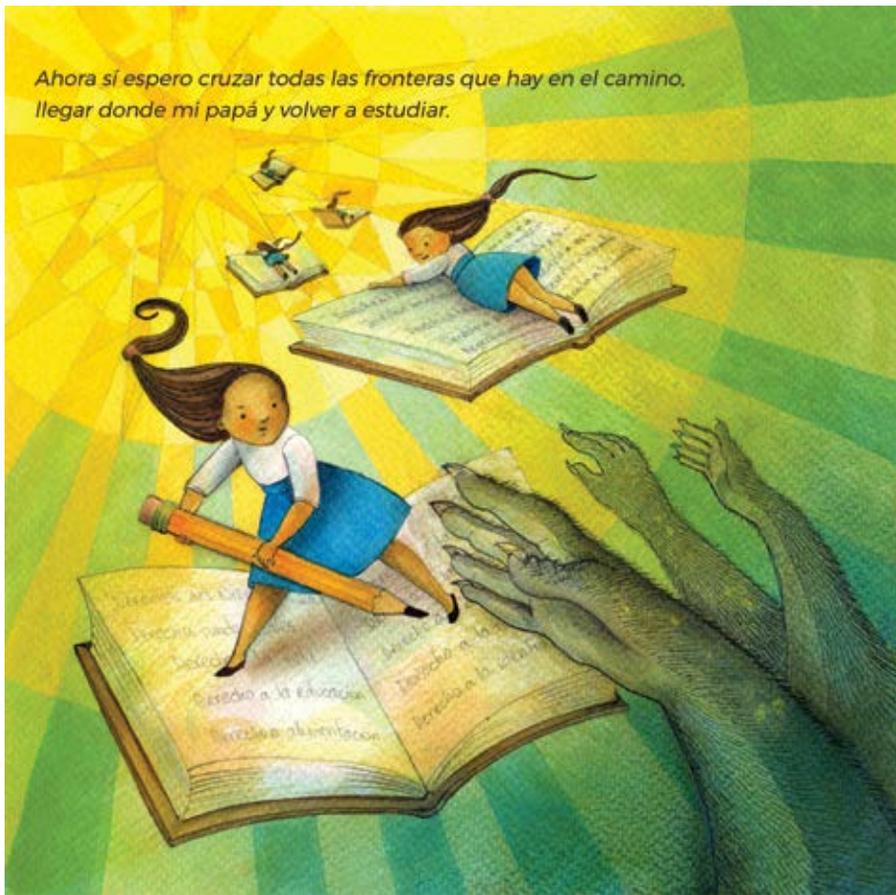
civil, albergues y centros de atención de niñas, niños y adolescentes, que por su labor cotidiana, tienen mayor proximidad con la realidad de estas personas.

En resguardo del principio de confidencialidad, se ha omitido toda aquella información o detalles que pudiesen de cualquier manera comprometer la privacidad y seguridad de las personas menores de edad cuyas historias se reconstruyen en estas páginas.

Roeland de Wilde

Jefe de Misión, OIM Costa Rica

Ahora sí espero cruzar todas las fronteras que hay en el camino,
llegar donde mi papá y volver a estudiar.



ALICIA

La escuela puede ser una fábrica de sueños, un lugar donde el juego y la alegría se mezclan con las expectativas de una vida mejor. Así era para Alicia, quien dentro de la escuela construía sueños junto a sus amistades, aprendiendo y divirtiéndose. Para ella, estudiar implicaba tener más oportunidades en el futuro y ayudar a quienes más amaba.

Como toda fábrica, Alicia sabía que su escuela también necesitaba arreglos, pero nunca se imaginó que el hombre encargado de las reparaciones sería el mismo que rompería en mil pedazos los sueños que, con tanto anhelo y esperanza, ella había fabricado.

“Era un vecino que hacía todos los arreglos en la escuela donde yo estudiaba. Un día, me esperó a la salida y me arrastró hasta un lugar feo y oscuro donde abusó de mí, amenazándome de que no podía decir nada de lo que había pasado.

Pero yo le conté todo a mi papá, y él buscó al tipo y le reclamó por lo que me había hecho. Sin importarle nada, el hombre atacó a mi papá

con un cuchillo y hasta amenazó con matarlo”.

Para salvar su vida, el padre de Alicia tuvo que huir a los Estados Unidos, acogiéndose a la esperanza de encontrar un mejor futuro para él y su familia. Mientras tanto, Alicia vivía angustiada por las amenazas que recibía.

“Ese hombre que me agredió y apuñaló a mi papá siguió haciéndole daño a mi familia. A una de mis primas la secuestró por 13 días y su mamá y su papá tuvieron que pagarle los 15.000 (moneda local) que pidió para devolverla. Después, hizo lo mismo con otra prima, advirtiéndome que él no estaba jugando conmigo y que yo nunca podría escapar de él. Toda la familia estaba en peligro. Hubo un momento en que me sentí valiente y puse la denuncia contra ese hombre en el Ministerio Público, pero me fue peor, porque amenazó con matar a mi familia, yo ya no sé qué hacer, no tengo salida”.

Fue entonces cuando Alicia, impulsada por el miedo y la necesidad de encontrarse a salvo, decidió migrar.

“Yo quiero estar con mi papá, porque tal vez estando muy lejos esa persona ya no pueda lastimarme. He estado cerca de llegar al lado de papá, pero no lo he logrado, y tengo miedo de que él continúe endeudándose para ayudarme, porque cada viaje cuesta como \$ 6.000”.

En medio del camino que la llevaba hasta su padre, Alicia fue detenida y deportada hasta su país de origen. Mientras regresaba en el



avión, ella sintió como el temor y la angustia volvieron a agitarla.

“Me siento acorralada, perseguida todo el tiempo, con mucho miedo de las amenazas y de lo que me pueda pasar. No sé qué hacer para escapar de este agujero oscuro en que me encuentro.

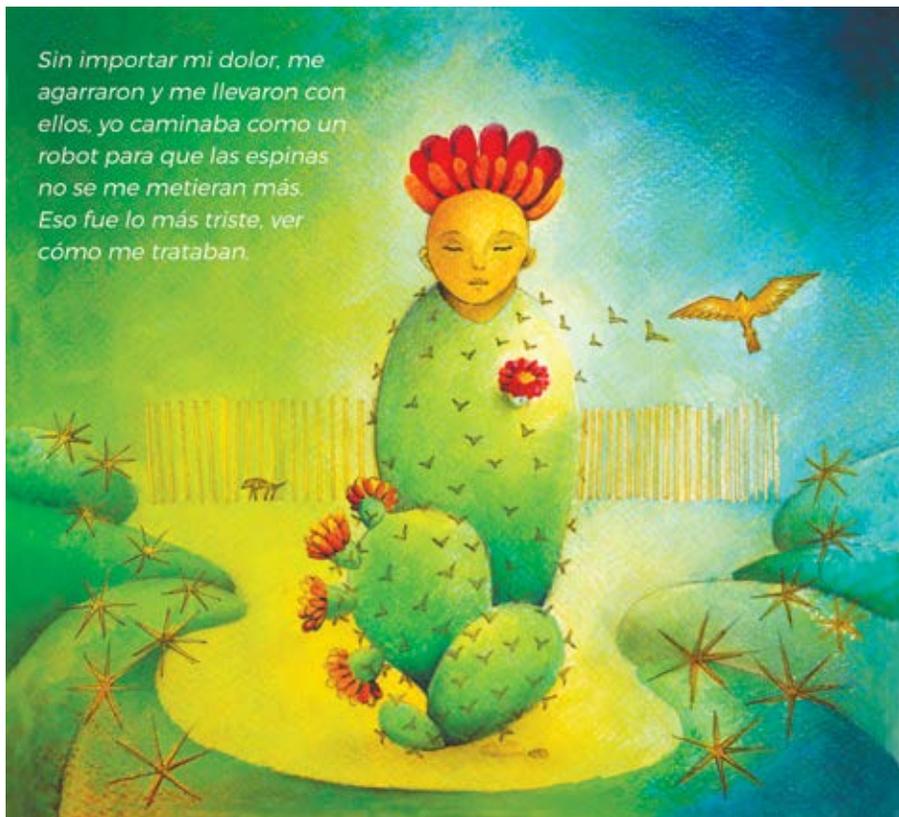
Yo salí huyendo de mi pueblo, porque el hombre que me lastimó vive cerca y me sigue amenazando”.

Pero Alicia no se resigna. Con solo 16 años ha logrado construir un collage con pedazos de sueños rotos, que la impulsan a intentar llegar, una vez más, hasta donde vive su padre:

“Ahora sí espero cruzar todas las fronteras que hay en el camino, llegar donde mi papá y volver a estudiar, ayudarle un poquito a él y a mi familia. Yo sé que voy a lograr estar allá, donde no puedan lastimarnos más”.

Alicia tiene la certeza de que en el norte también hallará una fábrica de sueños, donde las piezas viejas y rotas encontrarán reparación y podrá construir sueños nuevos, llenos de color.

*Sin importar mi dolor, me
agarraron y me llevaron con
ellos, yo caminaba como un
robot para que las espigas
no se me metieran más.
Eso fue lo más triste, ver
cómo me trataban.*



NAHIL

A los 17 años se cuenta con las fuerzas y la certeza de que el mundo puede cambiar. Esa es todavía una corta edad para resignarse a la desigualdad y dejar de luchar; eso Nahil lo sabía bien. Él y su familia vivían en condiciones de pobreza y falta de oportunidades, como muchas otras familias pertenecientes a su misma etnia indígena. De esta última, parecía haber heredado no solo el color de la piel, sino también el poder de resistir a las injusticias y hacerse más fuerte.

Así era que Nahil defendía su sueño de salir adelante y por esta razón emprendió el camino hacia Estados Unidos. Partió con la tristeza por alejarse de su madre y sus seis hermanos para permanecer un tiempo con su padre en ese otro país; pero lo motivaba el anhelo de encontrar una nueva vida y poder ayudarle a su familia. En ese momento no podía vislumbrar las duras situaciones que enfrentaría:

“Yo iba con un coyote que me trataba bien, me dejaba comprar comida y hasta me dio un celular para que estuviéramos en comunicación,



porque viajábamos en buses diferentes. Él nos aconsejó, a mí y a otras personas migrantes, que a cualquier pregunta solo podíamos contestar que íbamos a comprar mercadería para vender.

Las cosas no iban tan mal hasta que tuvimos que enfrentar a los federales en los retenes. Allí nos bajaron y nos revisaron las mochilas con un aparato para ver si llevábamos drogas. Nos registraron y nos quitaron lo poco que teníamos. El celular lo tiraron dentro de una patrulla y no me lo devolvieron. Más adelante, en otro retén, nos pidieron 1000 (moneda local) por cabeza para dejarnos seguir nuestro camino. Así me fui quedando sin dinero, porque en el siguiente tramo lo que querían eran dólares, \$200 por cabeza. Entre todas las personas que íbamos hicimos una coperacha⁴ y pudimos juntar \$800. Con eso sí nos dejaron pasar.

Seguimos la aventura y ya estábamos cerca de la frontera, solo faltaba cruzar aquel río enfurecido. Nos escondimos entre los matorrales para que la “migra” no nos viera y nos montamos en una lancha para cruzar. Pero luego de pasar el río, nuestros guías no conocían bien el camino y estuvimos andando en círculos hasta que aparecieron “los moscones”⁵ que nos alumbraban con rayos infra rojos. ¡Todos al suelo! Nos decía el

⁴ Palabra para referirse a una colecta de dinero, en la que contribuyen varias personas.

⁵ Palabra utilizada para referirse a personas que con su presencia causan molestia e incomodidad.

guía. Y así pasé hasta dos horas, boca abajo y casi sin respirar. Logramos avanzar un poco, hasta unos cañaverales, pero cuando ya estaba cerquita de pasar, salieron de nuevo los moscones. Otra vez me tiré al suelo y esperé, pero en eso vi la luz de una linterna: eran los que cuidaban la frontera; así que me levanté y corrí y corrí desesperado, hasta saltarme una cerca, cayendo en un campo de nopales llenitos de espinas, que se me metieron en todo el cuerpo”.

El dolor de Nahil era insoportable, las espinas no solo se ensartaban en su cuerpo, sino también en su corazón, en los recuerdos de oportunidades truncadas y esperanzas destruidas.

“Sin importar mi dolor, me agarraron y me llevaron con ellos, yo caminaba como un robot para que las espinas no se me metieran más. Eso fue lo más triste, ver cómo me trataban, sin importar lo que estuviera sintiendo. Así me llevaron hasta la hielera”⁶.



⁶ Palabra utilizada para describir centro de detención para personas migrantes, caracterizado por ser intensamente frío, simulando hielo.

Allí un médico le ayudó a quitarse las espinas. Sus manos rotas y ensangrentadas eran tan sólo una pequeña muestra de las heridas en su corazón.

“Cuando dije que tenía 17 años no me creyeron. Y otras personas me aconsejaron: -mejor diga que tiene más porque si no lo dejan encerrado más de cinco meses-, entonces tuve que decir que era mayor para no quedarme más en ese lugar”.

Siendo tan joven, Nahil ha conocido no solo el dolor físico, sino también aquel dolor que causan la indiferencia, la incomprensión y el maltrato de personas que no comprenden lo valiente que ha sido al recorrer un camino desconocido y lleno de peligros, por perseguir el sueño de una mejor vida.

Nahil fue deportado a su país de origen. Mientras permanecía silencioso durante el vuelo, decidió que a pesar de lo sufrido volvería a intentarlo: las cicatrices en sus manos le recordaban una historia que escuchó durante su travesía.

Le dijeron que aquellos nopales que le provocaron sus heridas, eran llamados la planta de la vida, pues al secarse, nace una planta nueva. Él piensa que así sucederá con sus oportunidades: aunque parezcan secarse, como los nopales, nacerán oportunidades nuevas y de ellas florecerá un corazón valiente, como el suyo.



EDUARDO

Cuando las oportunidades no aparecen a la vuelta de la esquina, es necesario juntar el valor, la paciencia y la constancia para buscarlas, como quien busca un tesoro escondido.

Así, con la brisa fresca de diciembre y la ilusión propia de un adolescente de 13 años, Eduardo se enrumbó hacia México, acompañado de su tío, un hombre adulto. Ambos salieron de su país con el anhelo de encontrar nuevas oportunidades, sin sospechar lo que les esperaba.

“Cuando cruzamos la frontera, unos hombres detuvieron el autobús donde viajábamos. Nos bajaron, nos tiraron al suelo como si fuéramos bandidos, nos registraron y nos quitaron el dinero que llevábamos. Después nos subieron a un pick up 4 x 4, que supuestamente era oficial y nos llevaron por unos caminos muy rocosos, llenos de matorrales. Yo iba muerto de miedo, pero en un momento, sin pensar si era una buena idea, me atreví a lanzarme del carro hacia una pendiente muy

pronunciada. Entonces aproveché y empecé a correr con toda rapidez. Los hombres comenzaron a dispararme y perseguirme, pero creo que el mismo terror que yo tenía me hacía correr más rápido, hasta que logré escaparme”.

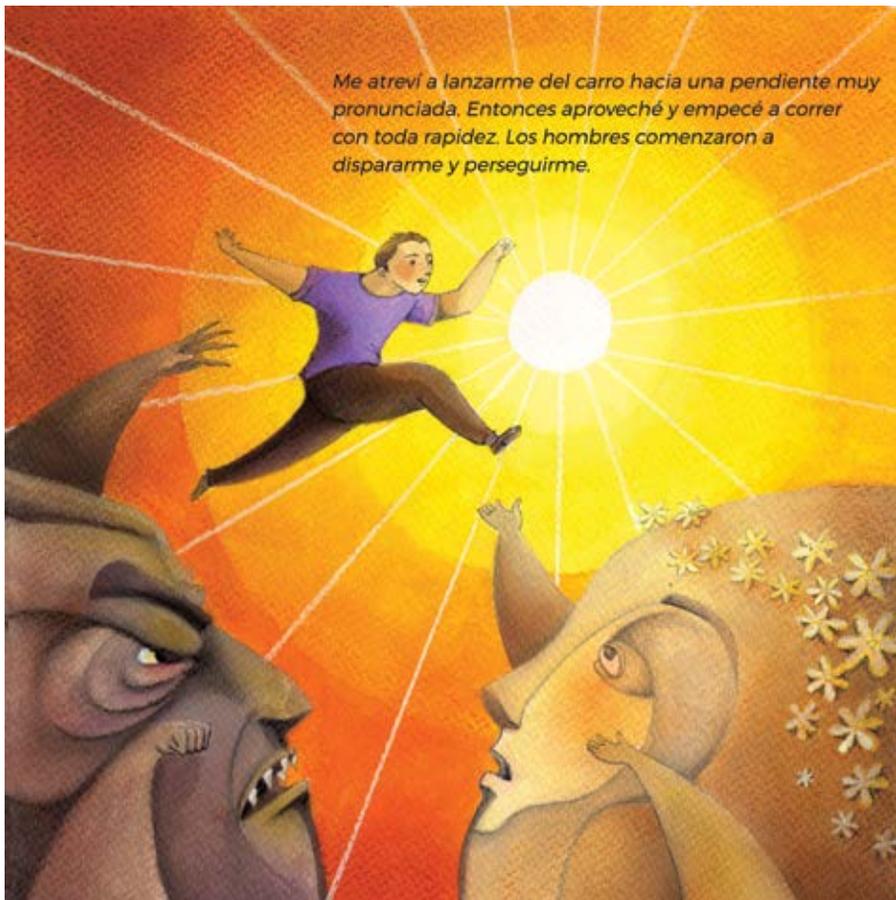
Después de huir de aquellos hombres, que en realidad eran secuestradores, Eduardo acudió a Migración para pedir ayuda. Estaba solo, no sabía nada de su tío y la experiencia recién vivida lo desanimó mucho, ya no quería continuar el viaje.

“Llegué a Migración un viernes y permanecí en ese lugar todo el fin de semana. Me dijeron que me llevarían a una conducción⁷ en una casa para personas migrantes en mi país, pero solo después de tener audiencias en unos juzgados. Entonces, antes de irme, tuve que contar mi historia muchas veces, y hubo momentos en que ya no sabía si toda esa pesadilla de verdad me estaba sucediendo o era sólo eso, una pesadilla de la me iba a despertar agitado, pero feliz de que no fuera real”.

El lunes por la mañana, Eduardo había vuelto a su país de origen y se encontraba en un centro para personas migrantes. Mientras sentía que su luz al fin brillaba de nuevo, recibió una noticia despiadada, de esas que nadie debería recibir.

⁷ Proceso de traslado, retorno y recepción de niñas, niños y adolescentes migrantes.

Me atreví a lanzarme del carro hacia una pendiente muy pronunciada. Entonces aproveché y empecé a correr con toda rapidez. Los hombres comenzaron a dispararme y perseguirme.



Se enteró que los captores habían mantenido a su tío secuestrado, mientras contactaron a su familia para pedirle \$3500 por su liberación: su luz se apagó por completo, ya no habría más compañero de viaje para él. Eduardo sabía, sin que le hubiesen terminado el relato, que su familia no era capaz de juntar tal cantidad de dinero; ello significaba que su tío había sido asesinado.

Más adelante, Eduardo conoció los detalles del desenlace y pudo sentir, con toda la tristeza y frustración de su sufrida juventud, los efectos de la pobreza y la desigualdad: a su tío lo mataron porque su familia, que no sabía leer ni escribir, se esforzó por recoger 3500 pero en moneda local, que era de poco valor, enviando el dinero a la dirección indicada, con la esperanza de salvarlo. No obstante, contrario a ello, el envío desató la furia de los captores quienes lo asesinaron sin piedad.



El muchacho no podía explicar la tormenta de sentimientos que lo agobiaba. Había una tristeza que lo invadía por todas partes de su cuerpo hasta estrujar su corazón. Tanta impotencia por todo lo que sucedió y que ya

no podría cambiar. Junto a su llanto incontenible, sostenía la convicción de querer verse a sí mismo y a su familia fuera de este ciclo de pobreza, violencia y falta de opciones para superarse.

Tras la tormenta, más en calma consigo mismo y su dura historia, Eduardo confía en comenzar de nuevo y correr tras la búsqueda del tesoro que no es otra cosa que una vida feliz. Tal vez por otros caminos, el recuerdo de su tío le sirva como guía para alcanzarlo.





*Se consolaba pensando que sus sueños
y esperanzas, aunque lejanas, también
podrían brillar como las estrellas.*

MÓNICA

A Mónica le gustaban las noches despejadas, porque le permitían ver las estrellas, sin importar que se encontraran a una distancia enorme ¿Sería esa distancia la misma que la separaba de los sueños que quería alcanzar?

No era fácil esperar cambios en su vida, cuando ésta la había golpeado tanto a pesar de tener apenas 12 años. Pero se consolaba pensando que sus sueños y esperanzas, aunque lejanas, también podrían brillar como las estrellas.

Ella era una joven distante y algunas personas creían que era rebelde y malagradecida, pero ella era más bien inocente, tierna, desinteresada y honesta.

Mostraba poca confianza en sí misma; la opinión de las otras personas tenía gran influencia sobre ella, para bien o para mal. Le costaba mucho decidir por sí misma y sus ideales, como árboles sin raíces, parecían haberse derrumbado entre sombras de abandono y desamor,

a falta de un abrazo protector que le asegurará que todo estaría bien.

Pocas personas conocían su gran fortaleza, porque ignoraban las situaciones tan difíciles que había enfrentado y que la hacían pensar con frecuencia que nadie podría quererla, así como creía que su madre y su padre tampoco lo hicieron.

Abandonada a la temprana edad de 5 años, no conocía sus raíces:

“Crecí con mi madre y muchas hermanas y hermanos, aunque teníamos padres diferentes. A mi madre siempre la engañaban, ella no tenía un esposo o compañero que de verdad la quisiera y mis hermanas, hermanos y yo tampoco tuvimos un padre. Había muchos hombres, pero ninguno se quedaba en casa para apoyarnos y querernos.”

Las huellas del dolor le dejaron heridas difíciles de cicatrizar, sin embargo, ella procuraba no actuar con maldad.

Mónica no recordaba muchas cosas, algunas eran memorias destenidas, otras eran historias que alguien más le contó, y con ellas trató de reconstruir su propia historia arañando recuerdos de dolor, de culpa y de resentimiento. Pero había un recuerdo particularmente doloroso para ella, de esos que dejan huellas profundas e imborrables.

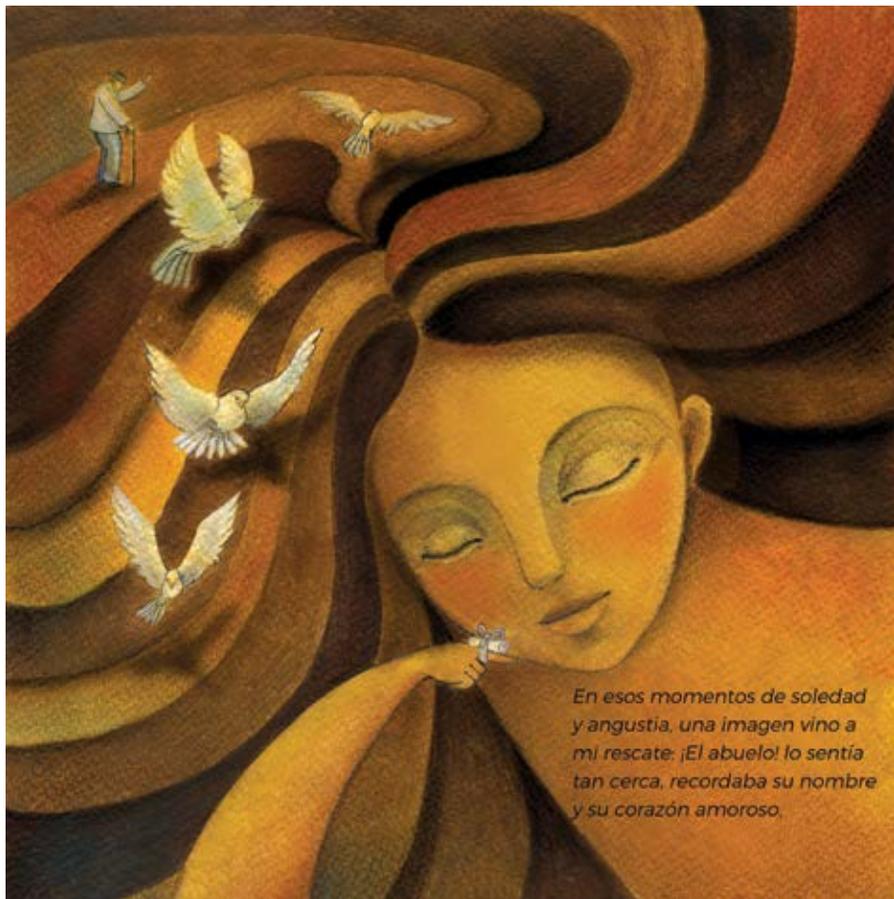
“Como me abandonaron fui entregada a una señora que dijo que era mi abuela... Pero eso no era cierto. Ella me explotaba y luego de aprovecharse de mí, también me abandonó”.

Luego de todas estas experiencias de rechazo y dolor, Mónica se encontraba sin casa, sin hogar, sin familia y sin aspiraciones, llena de desilusión y tristeza, solo conservaba una pequeña luz de esperanza que la impulsó a migrar, sentía que aún no debía resignarse.

Pero mientras atravesaba el país vecino del norte, fue detenida por las autoridades migratorias por su condición irregular ¿A dónde iría ahora?

Mónica ha sido valiente y ha escondido sus esperanzas en un lugar muy profundo de su corazón, del mismo modo en que guardan su luz las estrellas al amanecer. Está segura que en el momento y lugar oportunos, sus propios sueños brillarán como ellas, sin tiempo ni distancia.





*En esos momentos de soledad
y angustia, una imagen vino a
mi rescate: ¡El abuelo! lo sentía
tan cerca, recordaba su nombre
y su corazón amoroso.*

DANIELA

En ocasiones, los recuerdos vienen a la memoria como traídos por palomas mensajeras. Algunos retornan casi irreconocibles, borrosos como grises nubes de invierno. Otros, regresan sin nombres ni fechas, pero mantienen sus colores, sus formas y sus sonrisas.

Entre estos últimos recuerdos, Daniela mantenía el de su abuelo paterno y el lugar donde él vivía. Era una colonia florida, con muchos árboles, tiendas de colores, donde se podía correr por las calles. Un vecindario con personas agradables y amistosas. Recordaba que su abuelo vivía en el mismo país donde nació su papá, más al norte; por el contrario, ella nació y vivía en el mismo país que su madre, al sur.

Su madre y su padre habían permanecido juntos hacía mucho tiempo, pero las cosas cambiaron cuando las circunstancias en que vivían se tornaron más difíciles para sostener a la familia:

“Mi papá se fue para los Estados Unidos buscando una mejor vida. Yo estaba tan pequeña que ni me acuerdo de él. Mi mamá se puso a

buscar trabajo, pero solo lo consiguió en un bar. A mis hermanas las llevaron a un Hogar, porque no había quién las cuidara, entonces yo me fui a vivir con unas amigas que también se habían quedado solas”.

Pero esa no era la vida que Daniela quería para ella, entonces despertó la ilusión de encontrar a su padre, del que apenas tenía un vago recuerdo. Decidió emprender el viaje, lleno de penurias y dificultades para una adolescente de apenas 15 años.

Ella no contaba con que su precaria salud la traicionaría y truncaría su sueño a mitad del camino. Cansada, con fiebre y con asma, fue incapaz de continuar la aventura y fue detenida. En ese país, la llevaron a un albergue para personas migrantes, donde se sintió triste, sola y enferma, sin nadie a quien acudir ni nadie que la reclamara.

Ella no quería que la regresaran a su país con su madre y fue entonces cuando vino a su mente un recuerdo lleno de color:

“En esos momentos de soledad y angustia, una imagen vino a mi rescate: ¡El abuelo! lo sentía tan cerca, recordaba su nombre y su corazón amoroso. En el albergue en el yo que estuve me ayudaron a buscarlo, porque estábamos en el mismo país en que él vivía”. }

Guiada por sus recuerdos, Daniela fue llevada a recorrer el lugar donde creía que se encontraba su abuelo. Era una dicha que las palomas mensajeras siempre llegaran a tiempo, siguiendo el camino trazado por la memoria, enlazando sueños y esperanzas.



Para su suerte, a pesar de los años y las dificultades, su abuelo aún vivía en aquella casa vieja, aferrándose al sueño de ver a sus nietas regresar como las aves que vuelven al nido.

Daniela entonces fue entregada a su abuelo paterno, quien la recibió emocionado. En aquel hogar ella encontró cariño y apoyo, con los cuales construir recuerdos felices.

El tiempo ha transcurrido y así también la vida. En aquel lugar, Daniela se enamoró. Con ilusión y fascinación confió en su compañero, quien se aprovechó del encanto de su juventud. Luego de dejarla embarazada, la abandonó, tanto a ella como a su hija, sin ninguna responsabilidad. Ahora Daniela, aún adolescente, es una madre soltera que carga en sus brazos a una pequeña niña.

Pero la casa del abuelo y su corazón inmenso nunca se cerraron, siendo el abrigo para Daniela y su hija. También recibieron allí a una de las hermanas de Daniela, una



vez que alcanzó la mayoría de edad y pudo salir del hogar donde se encontraba.

Daniela siente que comienza de nuevo. La familia crece. Con su mirada puesta en el horizonte lucha por un mejor futuro para ella, su hija, sus hermanas y su abuelo.

Mientras tanto, las palomas seguirán tejiendo en su cabello las historias que están por venir, como quien reconstruye un nido para alojar las esperanzas.

ANA

A las niñas se les llama muñequitas, cuando empiezan a crecer mucho las llaman muñecas, y con el tiempo siguen siendo tratadas como juguetes silenciosos, sin voluntad, sin deseo propio, al servicio de los demás, hasta que un día la confianza en sí mismas vuela como un colibrí, que revolotea rápidamente y se aleja.

Ana, es un nombre popular en Mesoamérica, pero cada Ana es diferente y tiene una historia propia, aunque la historia de esta Ana en particular, es un reflejo de lo que muchas otras Anas, Marías, Natalias, Lucías y mujeres adolescentes de tantos nombres, sufren al ser tratadas como muñecas.

Con lágrimas en los ojos, Anita evoca lo vivido a lo largo de sus 14 años, mientras su mirada se pierde entre confusos recuerdos que, en ocasiones, no logra hilar correctamente.

Ella era una niña cariñosa, con ilusiones, como cualquier otra niña, a quien le gustaba jugar, correr y estudiar. También era confiada y creía

en las personas que la rodeaban, especialmente en su familia, donde se sentía segura, como debería ser.

Apenas cumplía los 7 años, cuando fue abusada sexualmente por su tío, un hombre adulto que vivía en la misma vecindad que ella.

“Al principio yo trataba de defenderme, de gritar y pedir ayuda. Pero él me amarraba las manos y me tapaba la boca. Conforme pasó el tiempo, entendí que no tenía salida, y que no podía hacer nada para evitarlo. Entonces ni siquiera tuvo necesidad de amarrarme para lastimarme. Yo se lo conté a una amiga de la escuela y ella me aconsejó denunciarlo y me animé a decírselo a mi mamá y mi papá. Jamás me imaginé que iban a reaccionar así: mi mamá me regañó y me dijo que toda la culpa era mía y mi papá me empezó a tratar mal y me prohibió jugar con mis hermanitas. Eso me dolió tanto, yo necesitaba que me protegieran ¿Por qué no entendían que yo no quería que me abusaran? ¿Yo intenté evitarlo! Pero no pude ¿Por qué me trataban así?”.



Tantas críticas y desprecios llenaron la casa de oscuridad, así como a Ana, quién poco a poco fue apagando su luz. Como muñeca de cuerda debía girar de acuerdo a la voluntad de los demás, ya no tenía vida propia. ¿A quién podría recurrir Ana en estas

circunstancias? La confianza dejó de tener sentido para ella. No confiaba en su familia y tampoco en sí misma.



Lamentablemente, éste era apenas el inicio de un camino de maltrato y violencia, en el cual aún hacían falta muchas estaciones en las que cardos y espinas la atacarían en la oscuridad.

“Yo seguí en la escuela y ya tenía 13 años. Un día, unos amigos de la escuela me invitaron a dar un paseo en lugar de entrar a clases, insistieron tanto que me convencieron. Me sentía bien decidiendo por mí misma, parecía una aventura divertida, casi una travesura. Entonces empezamos a caminar, pero cuando los caminos se pusieron cada vez más solitarios, comencé a sospechar que algo no estaba bien. Llegamos a una casa alejada del pueblo, sentí miedo, pero ya no sabía qué hacer ni cómo volver, fue entonces que los cinco abusaron de mí... me dijeron que sabían que mi tío ya me había “iniciado”.

No sé cómo la Directora de la escuela se enteró de lo sucedido y habló con mi mamá, pero de nuevo, mi mamá me culpó a mí. Alguien denunció mi caso al Ministerio Público y de ahí en adelante, me separaron de mi familia y me llevaron a diferentes hogares y refugios, donde seguí sufriendo maltratos y abusos. Una vez hasta fui violada por un grupo de niñas sin que nadie hiciera nada para defenderme. Por eso, me escapé varias veces de esos lugares, huyendo en busca de

otra salida.

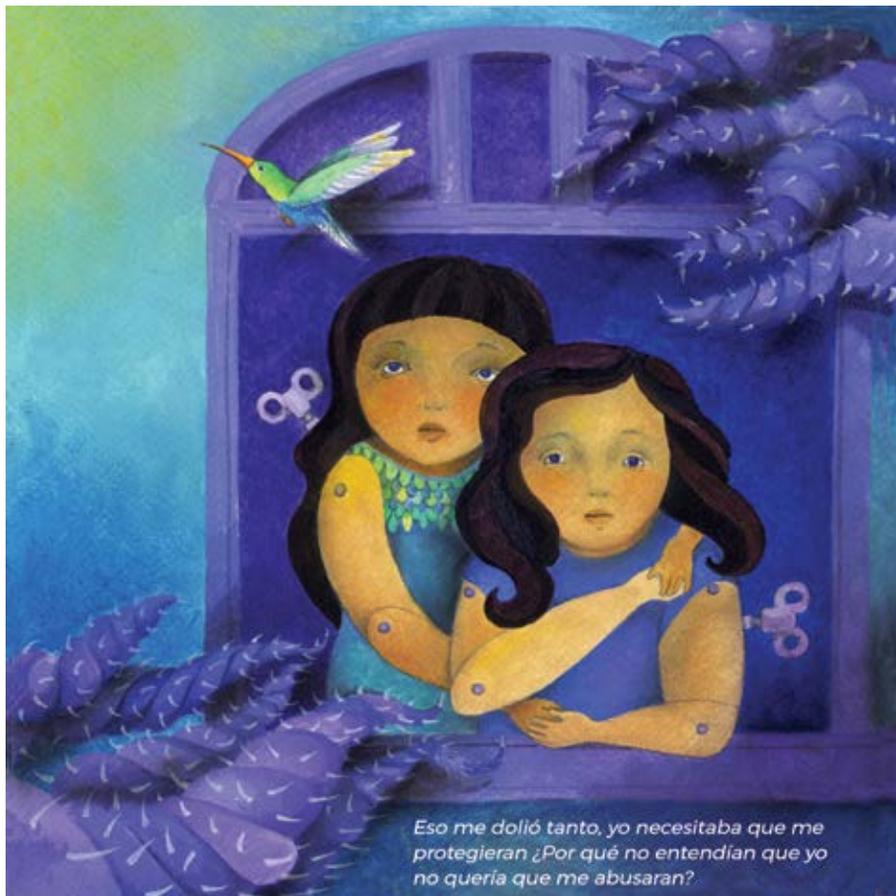
Una vez conocí un lugar de protección donde sí me cuidaron y me dieron confianza. A mí me hubiera gustado quedarme allí para siempre, pero no sé por qué, me regresaron a mi casa, dejándome a cargo de mi mamá y papá.”

Después del duro camino recorrido, la madre de Ana fue llamada a una audiencia en la que le entregaron a su hija de nuevo. El retorno a casa no fue nada agradable ya que fue recibida con reproches, insultos, prohibiciones y, además, la invadía aquel terrible temor y ansiedad de saber que podía ser abusada sexualmente por aquellos que no tendrían censura ni castigo.

Todas estas experiencias llevaron incluso a que, en algún momento, Ana realizara trabajo sexual para conseguir dinero y así alejarse de su realidad. De todas formas, sentía que su cuerpo hacía mucho ya no era suyo.

Fue entonces cuando Ana tomó las pocas fuerzas que tenía y la fantasía de una vida mejor y las metió en una mochila liviana, junto a una blusa, una foto y un cuaderno, en el cual escribiría su travesía.

Migrar era su forma de huir, de empezar una nueva vida, alejándose de su pasado cruel. Cuando el sol le quemaba la piel y el cansancio se reflejaba en las ampollas de sus pies, cerraba los ojos por unos minutos y se repetía a sí misma que podía lograrlo.



Eso me dolió tanto, yo necesitaba que me protegieran ¿Por qué no entendían que yo no quería que me abusaran?

Le atemorizaba la idea de ser devuelta a casa; tan solo pensarlo le daba el valor y fortaleza para continuar el viaje.



Sin embargo, en medio de su trayecto fue detenida, deportada e ingresada en un hogar para mujeres víctimas de violencia sexual. Pero ella no quería estar allí. Logró escaparse y volvió a intentar suerte migrando, ahora con más seguridad que nunca de que un futuro más próspero la esperaba en el norte. Se sentía valiente.

Pero su vida tenía un rumbo distinto del camino que ella había tomado. Otra vez fue deportada y en esta ocasión la llevaron a un albergue para personas migrantes, antes de ser retornada de nuevo a la casa de su familia.

Ahora Ana vive con una tía en una ciudad lejana, donde se ha propuesto comenzar de nuevo, volver a estudiar y espera algún día encontrar un trabajo digno.

En su voz resuena el deseo por recuperarse a sí misma y, sobre todo, de reencontrarse, apropiarse de su cuerpo y de su vida, para juntar sus sueños e ilusiones y cuidadosamente repararlos.

LILI Y JOSUÉ

Desde antes de nacer, para las niñas hay muñecas vestidas de rosado, con cuerpos sensuales: ejemplo de cómo vestir. Para los niños, automóviles que aspiran conducir a altas velocidades, para demostrar lo audaces que pueden ser. Pero nadie nunca les dice que pueden ser lo que quieran ser, que pueden jugar y divertirse en conjunto, que pueden estudiar, crecer, soñar, cambiar el mundo. Que las niñas no tienen que mirarse al espejo buscando una modelo ni que los niños tienen que contener sus lágrimas cuando la desesperación y la tristeza los embargue.

El mundo ha omitido también hablarles de sexo y de placer. De cómo prevenir embarazos a edades tempranas para no dejar perdidos sueños propios, y de cuándo podría ser un buen momento para ser una mamá y un papá responsables.

Y así sucedió en efecto para Lili y Josué, de quienes trata esta historia.

Ella tiene apenas 15 años, él tiene 18, son pareja y se tienen mucho

La verdad es que yo no me acostumbro a ser esposa y mamá. Es como si estuviera jugando a la casita. Lo que Josué gana no nos alcanza para lo que necesitamos. Yo pensaba que aquí las cosas iban a ser mejores.



cariño. Tienen además una pequeña hija de 6 meses, Noelia. Hace un tiempo empezaron a migrar buscando mejores condiciones de vida, aquellas que la pobreza no les dejaba tener en su país de origen. Así cruzaron la frontera y llegaron a un lugar donde decidieron quedarse, porque allí se encontraba la mamá de Josué.



Él trabajaba por las noches de 6pm a 8am, más de 12 horas, lavando autos. El esfuerzo era mucho, pero lo hacía con gusto, porque cuando pulía los autos recordaba aquellos que él admira en las revistas. Su salario apenas era de 200 pesos⁸ diarios aproximadamente, poco para llevar a su hogar. Es cierto, a veces se ha sentido desesperado, pero le han dicho que como el hombre de la familia debe ser fuerte, sin importar lo que realmente sienta. Esa idea le pesa todos los días. Para Lili, la situación tampoco es fácil.

“La verdad es que yo no me acostumbro a ser esposa y mamá. Es como si estuviera jugando a la casita. Lo que Josué gana no nos alcanza para lo que necesitamos. Yo pensaba que aquí las cosas iban a ser mejores, la vida más fácil, pero qué va”.

Una amiga de Lili, de edad similar, le dio la idea de un trabajo por



las noches con buena paga. Para ello resolvió dejar a su bebé en casa de una vecina, retribuyendo el cuidado con unas cuantas monedas; de todas formas, ganaría suficiente. Lili se miraba al espejo y se sentía sensual, como muñeca de escaparate.

“Así comencé mi trabajo de servidora sexual en las calles de Tapachula, dos días por semana, atendiendo hasta tres clientes por noche. Ganaba 150 pesos por cada uno. ¿Usted me entiende que yo tuve que empezar a buscar algo que hacer para ganar dinero también? No nos alcanzaba.

Un día que andaba trabajando en las calles, Migración me detuvo porque yo era migrante y no tenía papeles. La vecina que cuidaba de mi bebé, al ver que yo no regresaba, se la entregó a mi suegra y ella se la devolvió a Josué”.

Cuando Migración me mantuvo detenida logré hablar con Josué, pero yo no le dije la verdad ¿Se imagina qué horrible hubiera sido para él? Insistí en que me habían detenido cuando estaba haciendo mandados y que mi hija Noelia, estaba con la vecina mientras tanto”.

Josué nunca supo la realidad que vivía Lili. Durante su detención, ella sabía que al ser menor de edad la devolverían a su país de origen, pero eso era lo que realmente quería, regresar junto a su madre y

llevarse a la pequeña Noelia consigo; comenzar de nuevo. A pesar de la tristeza que sentía por alejarse de Josué por un tiempo, esperaba que él entendiera.

“Por los próximos meses voy a vivir con mi mamá y mi hija, en mi país. Me voy a regresar allá. La verdad es que me hace falta tener una mamá que me cuide y me proteja. No sé si Josué pensará ir allá en algún momento a quedarse con nosotras. Yo creo que las cosas van a mejorar. Mi niña también va a estar mejor ahora y espero que ella no pase por cosas tan difíciles que pase yo”.

Lili y su pequeña hija retornan a su lugar de origen, con el anhelo de algún día poder reencontrarse con Josué, para ser la familia, que en juegos, soñaron ser.

*Si pudiera arreglar el mundo -mi mundo-
buscaría una familia que me quisiera para vivir
con ella, donde encontraría cariño y apoyo.*

alguien que me

SALVE

*alguien que me cuide
alguien que dé la vida por mí*



SERGIO

Si se mira a Sergio a simple vista, se puede tener una imagen equivocada de él, hasta considerarlo peligroso. Por eso es necesario acercarse y prestar atención. Descubrir que los tatuajes en su cuerpo relatan su historia. Reconocer que la fuerza con que atemoriza es solo una forma de distanciarse y defenderse del mundo que siente amenazante. Y saber que nunca mira a los ojos porque teme que la profundidad de su mirada delate su corazón herido, desprotegido y necesitado de cariño.

Esta forma de mostrarse invencible y fuerte ante la gente es su escudo protector, así cuida sus heridas, para que nadie más pueda hacerle daño.

Tras aquella rebeldía hay 16 años de una vida que ha luchado por construir a pedazos, en soledad pero con gran convicción. Desde muy pequeño tuvo que enfrentarse a las separaciones, las distancias y el dolor.

“Yo quería mucho a mi papá, él era un señor mayor, tenía 70 años y su esposa acababa de morir, cuando en eso conoció a mi mamá, ella apenas tenía 15 años y pertenecía a la mara 18. Fue así como mi mamá quedó embarazada de mí. Yo viví con ella y con mi papá hasta que tuve 4 años, pero se separaron y mi mamá me llevó lejos con ella. A mí me dolió mucho alejarme de mi papá, lo extrañaba mucho y creo que el a mí también. Nos mantuvimos en contacto, hasta que murió porque estaba muy mayor”.

La madre de Sergio era muy joven y tenía muchos problemas que se sentía incapaz de resolver, refugiándose en el alcohol. Por ello, fue incapaz de cuidar adecuadamente de su hijo, Sergio, quien guarda un gran resentimiento hacia ella.

Todas estas situaciones provocaban en él una mezcla de sentimientos que no podía controlar. Así fue como Sergio conoció las drogas, utilizándolas para adormecer su sufrimiento, como lo había hecho su madre, años atrás, con el alcohol.

Sin embargo, Sergio quería huir de su realidad y construir un nuevo panorama, por eso decidió migrar. Pero el camino no fue como pensaba.

Durante su trayecto, sintió necesidad, soledad y miedo, que le llevaron a cometer actos delictivos. Por ello estuvo recluido dos años en la cárcel del país vecino, tras un robo callejero a una señora. Este

recuerdo no le causaba orgullo, sino más bien vergüenza y lo motivó a impulsar cambios en su vida.

Al salir de la reclusión, Sergio fue repatriado y llevado a un centro para personas migrantes en su país de origen, en el cual trataron de ubicar a sus familiares, como alternativa para no institucionalizarlo, considerando su previo encarcelamiento. Pero los resultados no fueron alentadores.

De su madre no se tenía ningún registro, pero además, por su historial de alcoholismo no se consideraba una persona idónea para cuidarlo. Por parte de su padre, Sergio contaba con otras hermanas y hermanos.

Contactaron, primero, a una hermana, de aproximadamente 50 años, quien lo rechazó por ser hijo de la segunda relación de su padre y considerarlo rebelde.

Se identificó entonces a otro hermano que vivía en los Estados Unidos. Él recordaba a Sergio con cariño, porque se parecía mucho a su padre, a quien



le había prometido cuidarlo.

Como no era posible llevar a Sergio hasta Estados Unidos, su hermano arregló para que su hijo -sobrino de Sergio quien vivía en su mismo país- se encargara de él y le abriera las puertas de su hogar. Las cosas parecían mejorar.

“Por un momento, todo pareció un sueño cumplido. Era como si mi papá desde el cielo, siguiera cuidando de mí y lograra acomodar las cosas para que yo tuviera un hogar y una familia. Pero era demasiado bueno para que durara. Al poco tiempo comenzaron a tratarme mal, a recriminarme por todo, a echarme en cara hasta la comida que me daban y el techo que me cobijaba. Y no pude más. Pronto entendí que la familia se había hecho cargo de mí solo para recibir el dinero que mi hermano enviaba desde los Estados Unidos. Yo no importaba para nada”.



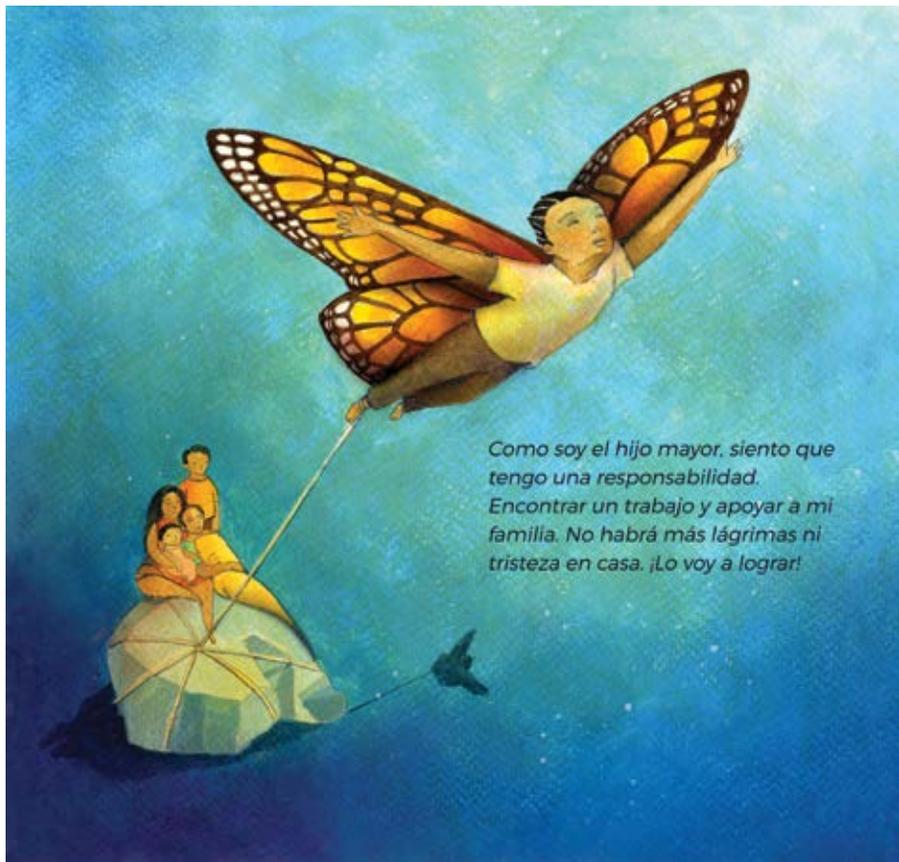
Huyendo del rechazo y el desprecio, Sergio migró por segunda vez, aferrado a la esperanza de un mejor futuro. Logró cruzar pero mientras deambulaba por las calles del vecino país del norte, fue retornando nuevamente a su país de origen, ingresando al mismo centro para migrantes del que había salido poco tiempo atrás.

En esta ocasión tampoco se encontraron familiares en disposición a brindarle apoyo, por lo que Sergio fue institucionalizado nuevamente.

Tras aquella fachada peligrosa, vive un adolescente luchador, que día a día sobrevive a la tristeza y el abandono. Dentro de su corazón se apretujan los deseos de integrarse a una familia y conseguir un trabajo. Los tatuajes en su cuerpo cuentan una historia que nadie supo o quiso leer a tiempo. La vida continúa y tal vez Sergio con la fuerza interior que lo cobija, pueda escribir nuevos capítulos y un final feliz.

“Si pudiera arreglar el mundo -mi mundo- buscaría una familia que me quisiera para vivir con ella, donde encontraría cariño y apoyo. Me gustaría también tener un trabajo, así tendría dinero para mis cosas”.

De esta forma, con esfuerzo y dedicación, Sergio construye su futuro, a base de arcilla, como las artesanías que aprendió a hacer mientras era migrante en el otro país.



Como soy el hijo mayor, siento que tengo una responsabilidad. Encontrar un trabajo y apoyar a mi familia. No habrá más lágrimas ni tristeza en casa. ¡Lo voy a lograr!

ÁLVARO

Es tiempo de cambio, tiempo de viajar. Las mariposas vuelan buscando la calidez del sol, que les asegura la supervivencia. Muchas lo logran. Otras se debilitan en el camino y sucumben ante los depredadores. Algunas se desorientan y deben detenerse para retomar el rumbo.

Como las mariposas, muchas niñas y niños migran con destino al norte, soñando que vuelan bajo un cielo azul que les cobija. Así es la historia de Álvaro.

“Tengo 14 años. Yo vivía en el campo, entre ríos, junto a mi familia: mis cuatro hermanitos, mi hermanita, mi papá y mi mamá, yo soy el hijo mayor. Resulta que a mi papá le dio una enfermedad que se llama diabetes y el trabajo en el campo era muy peligroso para él, porque si se corta o se lastima, no se le sanan las heridas. Mi mamá tuvo que quedarse en la casa cuidándolo. Fue entonces que caímos en la pobreza, y como yo soy el más grande, me tocó salir de la casa y buscar trabajo. A veces encontraba algo qué hacer, pero no todo el tiempo,

y como soy niño, no me pagaban lo que debería ser. Entonces casi ni nos alcanzaba para la comida y curar a papá”.

El recuerdo de su familia le entristecía; cada vez que lo evocaba, las lágrimas corrían incontenibles por sus mejillas. El amor que les tenía era la razón que lo había llevado a migrar.

“Un día pasaron por mi pueblo dos hondureños que viajaban hacia los Estados Unidos. Según me dijeron, allá encontrarían buenas oportunidades de trabajo y podrían ayudar a sus familias. Pensé que esta era mi oportunidad para salir adelante. Ellos me dieron confianza y sentí que podrían protegerme. Además, me pareció que esos muchachos sabían lo que hacían, pues me explicaron que si nos detenían, debíamos decir que cada uno viajaba por su cuenta”.

Álvaro emprendió el viaje con aquellos dos hombres. En medio del camino hicieron parada en una casa de alojamiento para personas migrantes. Álvaro se sentía estacionado en el centro de un camino sin señales, sin certezas ¿Dónde estaba, hacia dónde se dirigía?

Sabía que un tío suyo se había ido hacia Estados Unidos, pero su familia nunca recibió noticias de él.

En esa casa, le hablaron de los peligros que podría encontrar en su aventura, incluso le explicaron que al ser menor de edad, podrían acusar a sus compañeros de viaje como traficantes de niños. Pero él se sentía preparado para cualquier cosa.

Hacia el sur divisaba a su familia, de quien se sentía responsable. Hacia el norte, lo desconocido, la meta oculta entre nubes oscuras y peligrosas.

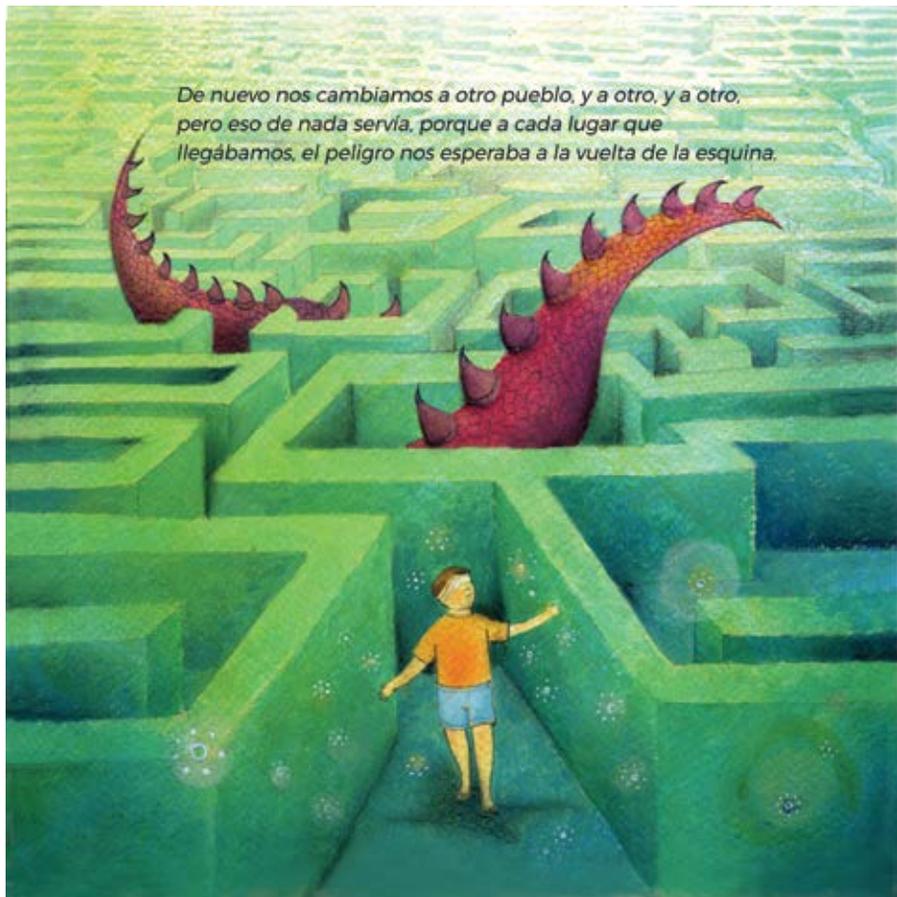
Él aún no se permite regresar a casa, sin tener nada que ofrecerles a sus personas más queridas.

“Como soy el hijo mayor, siento que tengo una responsabilidad. Encontrar un trabajo y apoyar a mi familia. No habrá más lágrimas ni tristeza en casa. ¡Lo voy a lograr!”.

Álvaro decidió continuar su camino incierto. Como las mariposas que en su viaje se enfrentan a la tormenta, él presiente que se acerca la etapa más dura, pero el recuerdo de su familia lo alienta. A través del viaje, espera desplegar sus alas para volar alto por el cielo.



*De nuevo nos cambiamos a otro pueblo, y a otro, y a otro,
pero eso de nada servía, porque a cada lugar que
llegábamos, el peligro nos esperaba a la vuelta de la esquina.*



CARLOS

 ¿Cómo decirle a Carlos que mejor regrese a casa, que la travesía que pretende es peligrosa, cuando dondequiera que va, se topa con un camino bloqueado por violencia, inseguridad y temor por su vida y la de su familia?

“Cuando mi papá se fue para el norte, hace dos años, convenció a mi mamá de irse con él para que pudieran trabajar duro y llevarnos luego a mi hermana Julia, de 16 años y a mí. Mientras tanto nos dejaron con mi abuela y mi abuelo para que siguiéramos estudiando. Pronto papá y mamá comenzaron a enviarnos dinero para que en casa no faltara nada y no dejáramos el estudio”.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. La tristeza y la angustia lo invadieron por dentro mientras aquel recuerdo lleno de amor, empezó a desgranarse entre memorias de dolor.

“Unos pandilleros se dieron cuenta de que nos enviaban remesas de los Estados Unidos y comenzaron a amenazar a mi abuelo: debía

darles lo que pedían. Mi abuelo lo hizo pensando en evitar problemas. Así fue durante dos meses, pensábamos que no nos molestarían más. Pero después todo empeoró, ya no les bastaba, querían que yo me uniera a la mara. Lo peor fue cuando un marero se enamoró de mi hermana. Ya no teníamos salida. Se lo contamos a papá y a mamá, entonces nos pidieron que saliéramos de esa colonia y que nos fuéramos a otro pueblo, donde tuviéramos seguridad”.

Quando los sueños de caminos que se abren se convierten en laberintos de más dificultades y más injusticia, es difícil no darle entrada a la desesperación.

“Nos cambiamos entonces a otro pueblo, más al norte, y empezamos a alquilar una casa, pero no sirvió de mucho, ahí también era muy peligroso. La gente no nos conocía, y tal vez por eso los delincuentes empezaron a perseguirnos. Un día hasta golpearon a mi abuelo ¿Quién golpea a un abuelo?

De nuevo nos cambiamos a otro pueblo, y a otro, y a otro, pero eso de nada servía, porque a cada lugar que llegábamos, el peligro nos esperaba a la vuelta de la esquina. Por teléfono, papá y mamá insistían en lo mismo: que alquiláramos una casa en otra parte ¿En otra parte dónde, si todo estaba peligroso? Estaban muy lejos y no entendían como estaban las cosas en el país. Entonces yo decidí que les iba a contar personalmente, para que me entendieran. Le conté a Julia, mi hermana, que lo iba a hacer, pero que lo guardara en secreto hasta

que me fuera, para no angustiar a mi abuelo y mi abuela, que habían sido tan buenos”.

Carlos tenía muchas dudas; había muchas cosas que no entendía de su vida. Pero creyó tener la respuesta a esta situación en que su familia rápidamente se volvía cada vez más y más vulnerable. En la escuela en alguna ocasión le dieron un libro con ejercicios mentales. Recordó uno en que había un laberinto, y él tenía que encontrar el camino que lo sacara de allí sin toparse con un monstruo. Así se sentía Carlos. En un laberinto. Sólo que en este, por más desvíos que hiciera, parecía toparse con un nuevo monstruo a la vuelta de cada esquina. Comprendió entonces que la ayuda no llegaría por sí sola y sintió el deber de ir a buscarla, así tuviese que enfrentarse a lo desconocido.

Tomó su pequeña mochila e inició la travesía. Logró llegar hasta la primera frontera junto a un grupo, que estaba formado por un adolescente de 14 años, y otros hombres adultos. Todos parecían violentos. Además les acompañaban varias mujeres.

Carlos se sobresaltó cuando uno de esos hombres lo reconoció e identificó a toda su familia y



el lugar de donde eran.

Eso fue suficiente para que Carlos reconociera que estaba en peligro. Pero esta vez aparecieron unas luces en el momento que más las necesitaba, como luciérnagas que alumbraban su camino.

“Una señora que viajaba con el grupo, se dio cuenta de lo que me pasaba y me aconsejó que me apartara de esos hombres. Con el pretexto de comprar algo de tomar y comer, nos quedamos atrás y logramos perderlos. Después, ella se despidió de mí, me dio un poco de dinero y siguió su camino. Caminé muchísimo sin saber para dónde. Yo estaba sucio, cansado y con hambre. No tenía muchas opciones, así que me puse a pedir dinero en el parque de un pueblo de ese país, pero un policía me dijo que me fuera. Un señor miro todo, se acercó y me pregunto que me pasaba. Yo me imaginé que era un tío mío que venía a rescatarme, que ya todo estaba bien y me puse a llorar. Me dio dinero y además pagó un



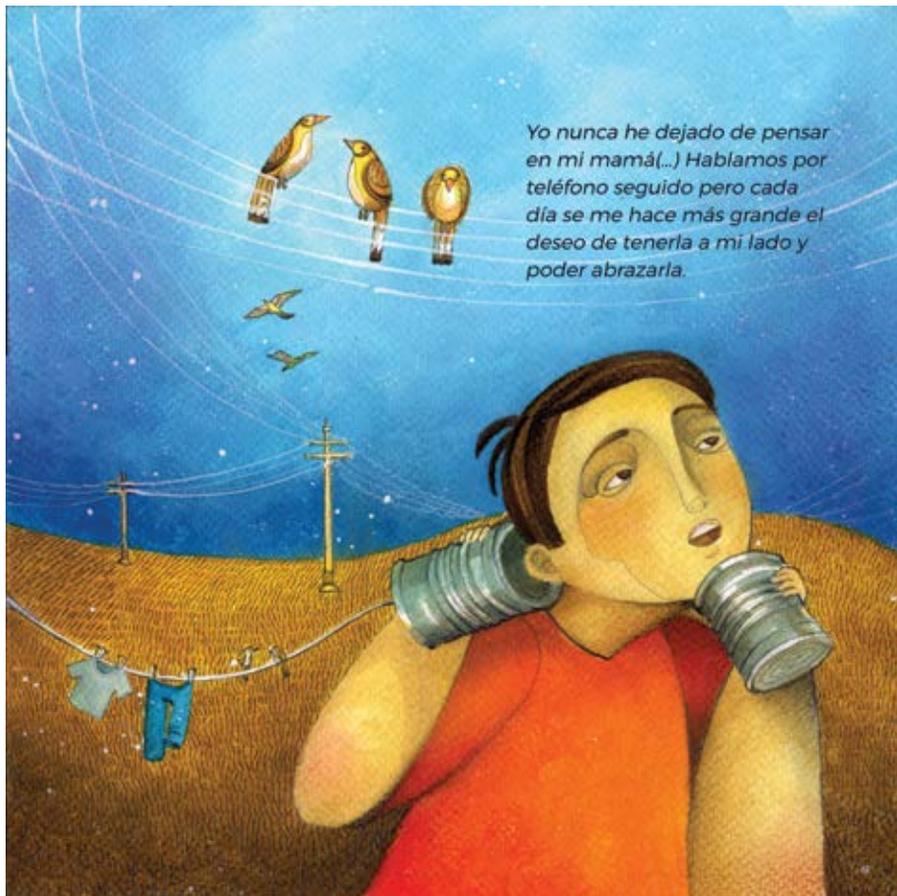
triciclo⁹ para que me llevara a una casa, donde me iban a ayudar”.

El lugar donde lo había enviado el señor era un alojamiento para personas migrantes. Allí encontró el apoyo y la colaboración que tanto necesitaba, además de comida y un buen trato. Pero Carlos estaba convencido de que ésta era solo una parada, pues tenía la firme convicción de que su viaja debía seguir. Después de tantos obstáculos, nada podría detenerlo.

“Si otros niños lo han logrado, ¿por qué no voy a poder yo? Ya estando más cerca les hablaré a mi mamá y a mi papá. Por ahora, mejor que ni sepan dónde estoy para que no me manden de regreso a casa con mi hermana, mi abuela y mi abuelo. Quiero contarles personalmente como está mi país, para que me crean. Estoy a la mitad del camino, ahora será más fácil llegar a mi destino”.

¿Qué camino habrá tomado en medio de tanta oscuridad? ¿Estará acaso más cerca de encontrar la salida del laberinto?

⁹ Medio de transporte de 3 ruedas, también se le conoce como “moto taxi”.



Yo nunca he dejado de pensar en mi mamá(...) Hablamos por teléfono seguido pero cada día se me hace más grande el deseo de tenerla a mi lado y poder abrazarla.

PABLO

Las llamadas acortan distancias cuando desde el otro lado, escuchamos la voz cariñosa de quien amamos y está lejos. Sin embargo, éstas a veces no son suficientes para llenar la necesidad de abrazos y de construir momentos y memorias.

Pablo hablaba mucho por teléfono con su mamá. Su nombre es Elisa. Ella había migrado hacia los Estados Unidos cuando él apenas tenía ocho meses, dejándolo al cuidado de sus abuelos. Como joven madre soltera, Elisa quería darle a su hijo las mejores oportunidades, pero sabía que en su país había muchos obstáculos para mujeres como ella.

A Pablo le hacían falta recuerdos de su madre. Los pocos que tenía los había construido a partir de relatos de sus abuelos, alguna que otra fotografía y las tantas llamadas telefónicas. Buen muchacho, tenía amistades en su pueblo y era amoroso y respetuoso con sus abuelos, quienes, desde el momento en que se hicieron cargo de él, lo trataron

con cariño. Con el ímpetu de sus 17 años, tras concluir el noveno grado de colegio, se cansó de anhelar y decidió construir su propia imagen de su madre. Sin avisar, salió de casa decidido a emprender el viaje hacia el norte.

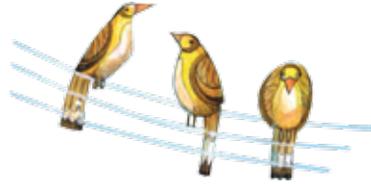
“Mi abuela y mi abuelo me cuidan mucho y me dan todo su cariño. Yo sé que ellos hacen un gran esfuerzo para que no me falte el vestido y el alimento, siempre apoyados por los envíos de dinero que mi mamá hace sin falta.”

Pero Pablo sentía la necesidad de conocer a su mamá, de abrazar a esa mujer valiente que migró por la pobreza y el deseo de darle a su hijo un futuro mejor.

“Yo nunca he dejado de pensar en mi mamá, a pesar de que se fue desde que yo era muy pequeñito y apenas la recuerdo. Sé que ella siempre se ha preocupado por mí y desde los Estados Unidos, ha mandado dinero para que no nos falte nada. Ella sabe que con abuela y abuelo estoy seguro, que me quieren y me cuidan siempre. Hablamos por teléfono seguido pero cada día se me hace más grande el deseo de tenerla a mi lado y poder abrazarla. Veo, a mi amigo Daniel, que es menor que yo, le pasaba lo mismo, hasta que el año pasado, después de salir del colegio y casi sin dinero se animó a hacer el viaje y logró llegar. Él ahora está con su mamá, como yo quisiera”.

Logró llegar a un hogar para personas migrantes, luego de haber

avanzado considerablemente en el trayecto. Allí, las lágrimas recorrían su rostro cuando pensaba en su madre, en la distancia que aún les separaba.



Estaba confundido y sentía que había hecho mal al salir de su casa sin avisar, consciente que sus abuelos estarían preocupados por él. Pero en su corazón sentía un llamado fuerte para reencontrarse con su mamá, por eso se había armado de valor para acortar las distancias que les dividían.

Desde el hogar para personas migrantes, le ayudaron a contactar a su madre por teléfono. Entre lágrimas y reproches, ella le pidió que regresara a casa con sus abuelos, angustiados por no saber nada de él desde hacía varios días. Elisa lo convenció de volver a casa. A cambio, le prometió que pronto regresará por él, apenas arregle sus papeles migratorios para viajar sin dificultades: “Pronto, m’ hijo”.

Pablo emprendió el regreso con el regalo de la promesa de su madre en el corazón. No duda. Su confusión y tristeza se convirtieron en alegría e ilusión, porque siente que aun cuando su camino va de vuelta, su mamá está un poquito más cerca.

“Escuchar de nuevo la voz de mi mamá me devolvió la esperanza. ¡Cómo extraño a mi abuela y a mi abuelo, la comida que me preparan, sus abrazos! En este momento deben estar haciendo café. Quiero



regresar a casa y prepararnos para cuando vuelva mamá. Sé que así será, ella me lo ha prometido y en mi corazón siento que me va a cumplir.”

Elisa está orgullosa de Pablo, de que sea un buen estudiante y *“una persona de bien”*. Ella entiende la decisión de su hijo: hace mucho tiempo, ella tuvo que irse por amor; ahora, por ese mismo amor, fue Pablo quien viajó.

Ella también quiere abrazarlo y tejer junto a él un vínculo cercano para el futuro, pero quiere hacer las cosas bien y no perder tantos años de sacrificios. El momento ya vendrá. Por ahora, se siente feliz y tranquila de que Pablo esté en casa de vuelta con sus abuelos, retomando el colegio.

La última llamada la hizo Elisa al hogar para migrantes, agradeciendo el apoyo que brindaron a su hijo.

A partir de lo vivido, Pablo valora más lo que tiene y siente gratitud por haber encontrado el camino de regreso.

Madre e hijo esperan que pronto llegue el día en que la línea telefónica ya no sea necesaria y puedan sustituir las voces por miradas y abrazos.

MAYA

Dentro de su cuerpo adolescente late un corazón lleno de esperanzas, dispuesto a correr riesgos por ayudar a quienes ama. Ese corazón también es inocente, aún no conoce de malas intenciones y engaños. Por ello, Maya confió en el consejo de su amiga, quien le aseguró que junto a su hermano encontraría la ayuda necesaria para lograr sus metas.

“Mis padre y mi madre se casaron muy jóvenes y formaron una gran familia. Tengo cuatro hermanos y seis hermanas. Y a pesar de que somos pobres y pasamos muchas necesidades, siempre hemos sido una familia muy unida. Yo tengo 17 años, mi papá y mi mamá tienen como 40, se ven jóvenes, pero siempre me han dado mucho cariño y han trabajado fuertemente por la familia.

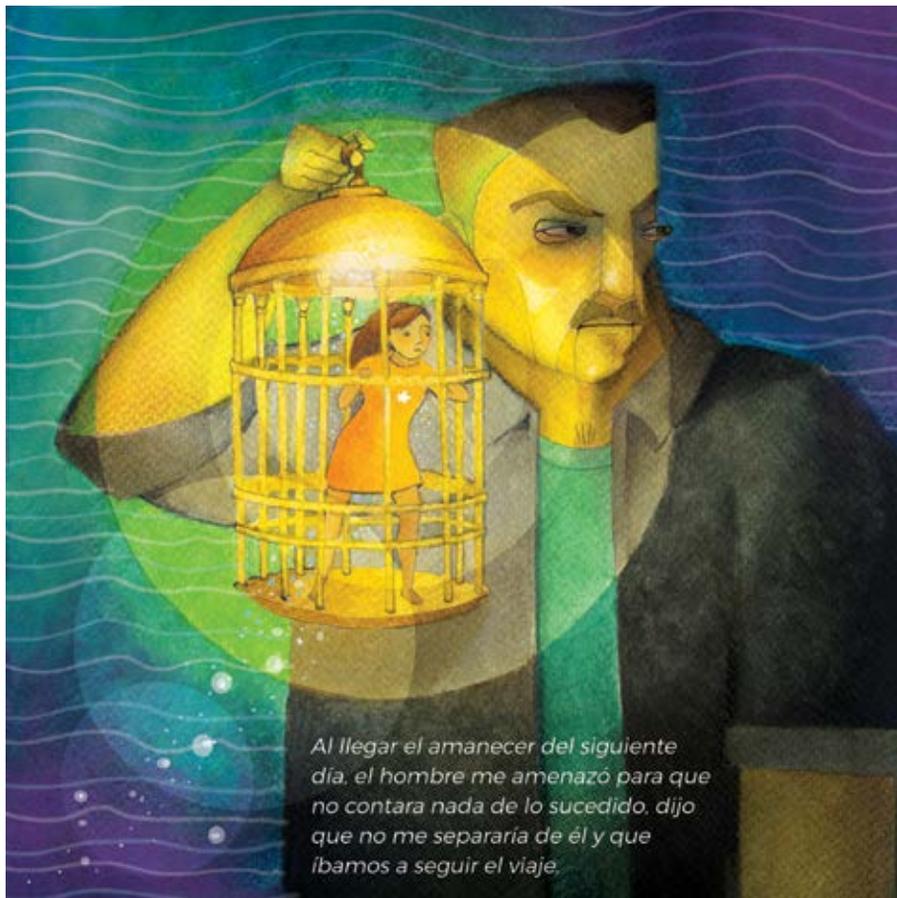
Para aliviar un poquito la carga, he vivido con una tía que me ha dado cariño; estudio. Pero siempre pensaba que tal vez algún día, yo iba a poder hacer algo para mejorar nuestra vida. Muchas personas

decían que viajar a los Estados Unidos era una gran oportunidad para conseguirlo. Papá me decía que no me preocupara, que lo más importante era querernos y vivir felices a pesar de la pobreza, pero yo no me conformaba con esa respuesta. Yo quería darles algo mejor.

Mi mejor amiga conocía de mis intenciones y me sugirió que hablara con su hermano José, un hombre de 41 años, quien también pensaba emprender el viaje hacia el norte y que podría acompañarme, para no viajar sola. Pensé que era una gran oportunidad para irme con alguien que me protegiera.

Mantuve mi plan en secreto, solo a mi novio le conté cuando iba a marcharme. Me suplicó con lágrimas en los ojos que no lo hiciera, que ese no era el camino, que lo pensara. Yo también lloré mucho, porque lo quiero, pero ya estaba decidida y me despedí de él. Salí en la madrugada, a principios de año, con poco equipaje y el corazón triste, me fui a escondidas de la ciudad, con ese hombre al que apenas conocía y en quien confié. Por la noche hice una llamada telefónica a mi tía quien me pidió llorando que regresara. Sin más explicaciones, corté la llamada. Era tanto el dolor que sentía que no pude seguir hablando con ella. La decisión ya estaba tomada”.

Maya y José atravesaron su país sin mayores contratiempos. Tanto ella como él aportaban dinero para el viaje y todo parecía marchar bien. Pero al cruzar la primera frontera, el dinero comenzó a escasear, por lo que pagaron una habitación compartida.



Al llegar el amanecer del siguiente día, el hombre me amenazó para que no contara nada de lo sucedido, dijo que no me separaría de él y que íbamos a seguir el viaje.

Ella no sospechaba las intenciones de su acompañante. ¿Cómo iba a imaginar que una historia de terror estaba por comenzar?

Primero aparecieron las insinuaciones, luego las discusiones, los forcejeos, las amenazas, las súplicas silenciadas por la fuerza. Maya estaba aterrorizada. De un momento a otro, su compañero de viaje, ese en quien ella creía haber encontrado compañía y protección, se había convertido en un violador ¡Cuánta impotencia!



Luego él durmió tranquilamente, sin remordimiento. Maya no podía creer lo sucedido, lloró profundamente toda la noche, sin poder dormir. Aquellas imágenes la atormentaban.

Ella sentía que la habían tratado como un objeto que no decide, no piensa, no siente, sometida con fuerza y crueldad.

“Al llegar el amanecer del siguiente día, el hombre me amenazó para que no contara nada de lo sucedido, dijo que no me separaría de él y que íbamos a seguir el viaje. Yo no quería comer, me sentía mal, pero él me amenazaba hasta que comía. Mientras caminábamos a la ciudad, yo solo pensaba en donde podría tener el dinero escondido. Si lograba encontrarlo podría escapar y huir lejos de él para que no me lastimara”.

Al caer la noche, se repitió nuevamente la historia de tormento. Maya se armó de valor y le dijo al hombre que regresaría a su país. Pero él se enfureció y la amenazó, aplacando cada vez más su voluntad.

“Ni se te ocurra pensar en devolvarte- me dijo furioso. -Yo tengo mis razones para no vivir más en el pueblo y ni creas que me va a temblar la mano para matarte. Ya lo he hecho otras veces, y no voy a regresar para que me atrapen. A mi propia hermana podría matar por sugerirme que te trajera; también a tu novio, así elimino todos los problemas de una vez- me decía. En ese momento sentí más miedo que nunca.

Como se nos acabó el dinero, me obligó a vender mis zapatos, y otras cosas. Me amenazó con venderme por una noche para conseguir el dinero que quería, si no conseguía vender mis cosas. Me esforcé todo lo que pude y por suerte lo logré.

Así pasaba el tiempo en medio de la angustia y el temor. La pesadilla se repetía cada noche y cada día, sin que ella encontrara salida.

Con el pasar de los días, sin dinero ni comida, llegaron a una casa de alojamiento para personas migrantes. Durante la entrevista de ingreso, José dio información falsa y fingió tener una nacionalidad diferente.

Aquel hombre amenazó a Maya para que permaneciera callada, sin revelar lo sucedido. Ella, por temor, hizo caso. Pero otras personas migrantes que estaban alojadas en la misma casa, notaron que algo pasaba. Era notorio el poder abusivo que José ejercía sobre Maya.

Con disimulo, un joven le aconsejó a Maya que hablara con alguien del albergue en privado. De algún lugar de su maltratado corazón, logró sacar valor y buscó a una persona con quien habló a solas. Tras semanas de abusos y maltratos, Maya sentía de nuevo la esperanza de que tanto sufrimiento al fin terminaría.

“A ese hombre lo echaron del alojamiento. En ese hogar me dieron apoyo psicológico y un espacio donde sentirme segura y hasta llamaron a mi familia en mi país. Lo que parecía imposible estaba sucediendo, me sentía tan emocionada al escuchar las voces de mi familia que nunca dejaron de quererme y preocuparse por mí. En el alojamiento me motivaron a poner la denuncia legal por lo sucedido pero no quise hacerlo porque todavía tengo miedo. Sé que ese hombre llama preguntando por mí y conozco bien sus intenciones”.

Entre lágrimas y abrazos por haber encontrado el apoyo y la ayuda que necesitaba, se armó de fuerzas para emprender el camino de regreso a casa. Dos meses más tarde, quienes le tendieron una mano en el centro de alojamiento recibieron, por medio de una llamada telefónica, las muestras de eterna gratitud que Maya siempre les guardará.

Como un pájaro que abandona la jaula y recupera su voz, Maya vuela, cantando libre y segura hacia su mundo conocido. Con el tiempo, mucho esfuerzo y apoyo, podrá sanar sus heridas y recuperar la confianza en sí misma. Está convencida de que no hay dinero que pueda compararse al cariño y seguridad que siente en su propia familia.



Carolina cree que los libros la salvaron. En ellos encontró otras realidades a las cuales pudo aferrarse cuando la suya se tornó oscura.



CAROLINA

Los libros tienen la capacidad mágica de abrirse y permitirnos conocer otros mundos, otras realidades que son posibles. Permiten crear, soñar y por eso a Carolina le encantaba leer, sus libros hacían su imaginación volar.

“Me gusta mucho estudiar, los libros son mis tesoros y ellos le van dando forma a mis sueños”.

Carolina era muy buena estudiante; con 16 años sobresalía por su excelencia académica. Era una adolescente inteligente y segura de sí misma.

“Yo era buena estudiante y a unas compañeras eso parecía molestarles, y comenzaran a hostigarme. Pase mucho tiempo en esta situación incómoda. Ya no lo soportaba y las reporté en la Dirección de la escuela, entonces las expulsaron por una semana”.

Luego de esta medida, Carolina esperaba que las agresiones se

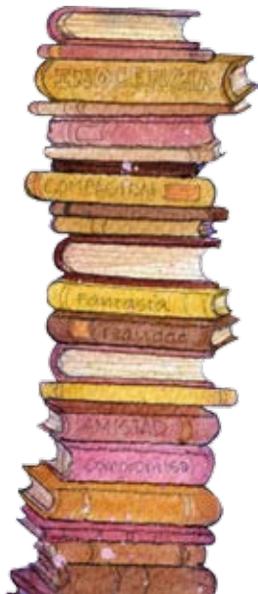
detuvieran; sin embargo, en aquel momento se desató un caos imposible de prever.

Las jóvenes expulsadas eran novias de pandilleros. Trascurridas unas semanas después de la expulsión, estos pandilleros violaron a Carolina, como un acto de venganza. El tormento se repitió en varias ocasiones, acompañado de amenazas de matarla a ella y su familia, si contaba lo sucedido. La última vez que abusaron de ella, estuvieron a punto de matarla, pero la dejaron ir con la condición de que abandonara el pueblo ese mismo día.

Carolina, desesperada, recurrió a su familia.

“Tuve que decirle todo a mi mamá. Ella la única solución que encontró, fue irnos toda la familia junta para donde mi abuela, al otro lado de la ciudad. Al mes y medio de estar allí, descubrimos que yo estaba embarazada. Como mi familia es cristiana, por sus principios religiosos no quisieron que yo abortara, pero la angustia, la preocupación y la depresión fueron tantas, que me provocaron un aborto de forma natural, a los cinco meses de embarazo.

Me llevaron después a que me tratara un psiquiatra, porque yo solo quería estar encerrada,



llorando, sin dormir ni comer y sin separarme de mi mamá. Tenía mucho miedo de ser agredida de nuevo.”

La familia de Carolina tomo una decisión: se irían hacia los Estados Unidos, para empezar de nuevo y alejarse del peligro. Ésta parecía la mejor opción para la atormentada familia.

Mientras transitaban el camino hacia el norte, habiendo cruzado por dos países, los secuestraron, amenazaron y extorsionaron. Los delincuentes pensaban, equivocadamente, que tenían parientes en Estados Unidos y podrían ganar dinero como recompensa. Sin embargo, Carolina y su familia lograron escapar de los secuestradores. Con hambre, cansancio y sin dinero, se entregaron a Migración.

Fueron deportados a su país de origen donde, a pesar de los intentos de asentarse en varios sitios con sus familiares, los problemas con las pandillas, la falta de empleo y la pobreza, les impedían, una y otra vez, estabilizarse. Sobreponiéndose a ese mar de conflictos, la familia de Carolina resolvió volver donde la abuela. Ya no querían aguantar más penas ni estar huyendo.



En esta ciudad, ella, al igual que sus hermanos, recibieron apoyo de una organización de la sociedad civil, que les ayudaba a mantenerse en la escuela, para que su madre y su padre tuvieran una preocupación menos y pudieran trabajar y utilizar el dinero para cubrir otras necesidades.



Con un corazón de guerrera, Carolina ha logrado ir superando todos los tormentos que vivió. Sus metas no se perdieron en el espinoso camino. Al contrario, siente como si las malas experiencias la hubiesen hecho más fuerte. Carolina cree que los libros la salvaron. En ellos encontró otras realidades a las cuales pudo aferrarse cuando la suya se tornó oscura. Ahora vuelve a abrirlos para recuperar sus sueños dormidos entre las letras de una historia por construir: la suya.

“Quiero ser abogada para tener un buen trabajo y sacar a mi familia de la pobreza. Yo ya he perdonado todo lo que me hicieron los pandilleros. Aunque aún vivo con temor, sé que mi familia y yo saldremos adelante”.

MICAEL

Las ventanas son mágicas, especialmente para los ojos de un niño. A través de ellas se puede ver el mundo: un mar inmenso que parece infinito; las aves volando libres hacia el sol en las tardes de verano.

A Micael, de 9 años, le gustaba mirar por la ventana. Cuando se asomaba por ella, venían a su memoria, lejas y borrosas, las escenas de su vida en su isla natal.

Los recuerdos se aparecen por partes, siempre en el mismo orden. Recuerda a Jimmy, su papá, arreglando bicicletas por las tardes. Cuánto le gustaba observarlo y hacerle mil preguntas: ¿qué es una tuerca? ¿Y para qué sirven? ¿Por qué se llena de aceite la cadena? Recuerda a su padre sonriente.

A Marie, su mamá, también la recuerda, más bien casi la escucha, reír sonoramente. Solía estar ocupada y un poco preocupada por el dinero, pero también siempre encontraba momentos para darle cariño a su hijo.



Pero Mica también recuerda cuando las cosas cambiaron en casa. Él no entendía qué pasaba, pero de repente un día, su papá, que solía ser muy amigo de todo el pueblo, fue brutalmente golpeado en la calle. Mica no entendía quien lo había hecho, ni por qué.

Era muy pequeño para entender que era la política, un golpe de estado, la oposición, ni mucho menos que a su padre lo agredían y amenazaban por simpatizar con un partido político.

“Después de eso pasaron cosas que yo no entendía. A papá lo atacaban con palabras y golpes. También perdió su trabajo. Entonces se acabaron mis tardes de curioso con las bicicletas. A veces no había que comer. Mi mamá y mi papá discutían muy a menudo. Una noche, mamá y papá lloraron mucho, esa vez, él dijo que se iba. ¿Por qué mi papá nos estaba abandonando así?”.

Jimmy no logró que Marie le creyera: si se quedaba en la isla, él, ella y Micael corrían serios peligros. Era urgente que él se fuera, iba a pedir refugio en otro país y una vez establecido, arreglaría para que Mica y ella se le unieran. Gracias a un amigo solidario consiguió una visa y se fue.

Tras un largo proceso de años, Jimmy fue reconocido como refugiado.

“Recuerdo que mamá y yo pasamos mucho tiempo sin papá. Yo llegué a pensar que ya no lo vería nunca más. Cuando veía a mamá llorar por las noches, sabía que en el fondo ella también creía que nos había abandonado, aunque todas las noches me aseguraba que algún día estaríamos otra vez unidos”.

Un día mientras Marie y Mica hacían compras, les empujaron dos hombres desconocidos. Cuando ella se lo contó a Jimmy, el entendió que el peligro acechaba. Entonces el padre cumplió la promesa.

Logró que Mari y Mica viajaran hasta donde él estaba. Había mucha alegría por el reencuentro, por recuperar el tiempo. Las cosas marchaban con más tranquilidad, a pesar de la nostalgia por el viejo país.

Nació un segundo hijo -Miguel- y con él, una renovada esperanza de un futuro noble y lleno de ilusión. Sin embargo, la luz de este pequeño niño se apagó rápidamente con una enfermedad. Tras varios exámenes, se descubrió que el bebé había tenido VIH.

La familia quedó impactada; Marie y Jimmy también eran



Mica entonces descubrió que las ventanas no solo servían para mirar a través de ellas. También podían convertirse en oportunidades para escapar de lo que estaba detrás de ellas, dentro de casa.



portadores del VIH. La esposa se sentía traicionada, reclamando a su esposo un engaño que justificara la enfermedad. La confianza estaba pisoteada. Para Jimmy tampoco fue fácil asumir la noticia; sin embargo, su enojo se transformó en violencia física hacia su esposa y el pequeño Mica.

Era incomprendible como estando tan cerca, se había creado tanta distancia en medio de la familia.

Mica entonces descubrió que las ventanas no solo servían para mirar a través de ellas. También podían convertirse en oportunidades para escapar de lo que estaba detrás de ellas, dentro de casa. Atravesándolas quería cambiar el rumbo de su vida.

Mica reaccionó ante los problemas familiares, de la única manera que pudo. Dejó de asistir a la escuela, se escapaba por la ventana y se iba a la calle a jugar durante todo el día, en la mayoría de veces con niños mayores. Que la policía lo devolviera a casa se hizo cada vez más frecuente. Que Jimmy lo agrediera violentamente por estas conductas, también.

“Mamá y papá peleando todos los días. Las sonrisas no existían más en casa. Mamá siempre estaba sola y sin hablar. Papá me pegaba a mí y a mamá. Se gritaban y cada uno se echaba la culpa por lo que yo hacía. Mamá siempre pasaba encerrada en casa, porque de todos modos no hablaba español. Trataba de aprenderlo, pero le costaba mucho. Yo

sabía hablar el mismo idioma que ella, nuestro idioma natal, pero yo no quería usarlo, porque con ese idioma no iba a hacer amigos en este país y de todos modos mi mamá ya ni me hablaba. Mamá debía sentirse muy sola, porque mi papá tampoco le hablaba en nuestro idioma”.

De repente, Micael ya no guardaba más recuerdos de su casa. Por más que se esforzaba, de ahí en adelante sus recuerdos pertenecían a su nuevo hogar: la institución que se hizo cargo de él para sacarlo del ambiente de violencia y abandono en que se encontraba junto a su familia.

Por medio de una organización de la sociedad civil, Mica fue recibido en un hogar de cuidado, siendo el primer niño extranjero en esa institución. ¡Cómo le costó al principio! No entendía las reglas, ni por qué estaba allí ni dónde estaban su mamá y su papá. A pesar de los problemas, le hacían mucha falta.

La confusión y la tristeza se transformaban en incomprensión. Se le dificultaba relacionarse con otras niñas y niños, en ocasiones, cuando se sentía frustrado, actuaba con violencia, como lo había visto en casa.

Con el pasar del tiempo y mucho apoyo de las personas que lo atendían en el hogar de cuidado, aprendió a ser más amigable, sociable, acercándose a las niñas y niños sin temor. Comprendía las reglas del lugar y poco a poco se fue acostumbrando a su nueva vida.

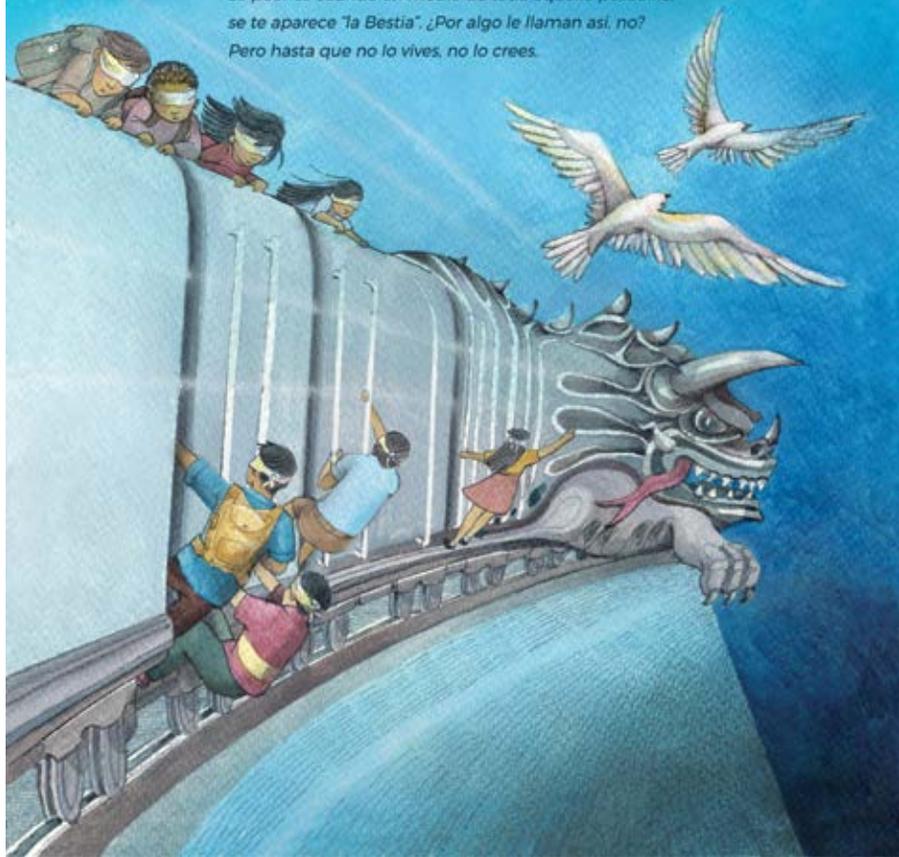
“Aprendí a querer a las personas que nos cuidaban. Hice amigas y

amigos; he aprendido muchas cosas. Cuando me di cuenta, estaba recibiendo un certificado muy bonito de mi maestra de la escuela que decía "cuadro de honor". Yo primero no sabía qué significaba, pero luego entendí, que quería decir que yo siempre hacía mi mejor esfuerzo y que me gustaba aprender. Yo pienso que algo que me ayudó mucho fue que mi mamá nunca dejó de venir a verme. Aprendimos a llevarnos mejor; a jugar; a reírnos; a hablar, porque nos extrañábamos con la separación, pero con la esperanza de vernos de nuevo en poco tiempo. Papá también vino a verme y los dos hemos estado muy felices. Me pidió perdón, por haberme pegado y haberse enojado conmigo tantas veces. Yo entiendo que él estaba triste, confundido y desesperado, pienso que él, tanto como yo, extrañaba nuestras tardes reparando bicicletas".



Mica ya no necesita las ventanas para escapar. Ahora las utiliza para asomarse a mirar el cielo y los pájaros, que como sus sueños vuelan hacia el sol.

*Lo peor es cuando en medio de toda aquella pesadilla,
se te aparece "la Bestia". ¿Por algo le llaman así, no?
Pero hasta que no lo vives, no lo crees.*



LUCAS

El derecho a soñar nos pertenece a todas las personas, al igual que el de ser parte de una familia y satisfacer nuestras necesidades básicas. Cuando continuamente vemos negadas nuestras posibilidades, buscamos en todas direcciones con la esperanza de hallar una respuesta, una luz, una guía.

Lucas, a sus 17 años, reconoce que lo más parecido a una familia que llegó a tener, fue la pandilla de la que llegó a formar parte y que operaba en la zona norte de su país. Irónicamente, ese mismo grupo en donde creyó encontrar refugio e identidad, se convirtió con el tiempo en una fuente de temor, de amenazas de muerte.

En medio de la necesidad y el peligro, Lucas decidió migrar. Quería encontrar un trabajo, escapar de la muerte, perseguir un sueño. A como pudo pagó a los coyotes unos \$4000, para que le ayudaran a cruzar la frontera.

“Tantas cosas me habían pasado que no encontré otra salida. Era

mi única alternativa y no había mucho que pensar. Con un cambio de ropa como equipaje y los últimos \$25 que me quedaron para llegar a la frontera, inicié mi aventura. La primera parte me fue fácil. Eso me hizo pensar que me iría igual de bien en el trecho que faltaba. Pero el dinero se te va acabando y las fuerzas también. Cruzar la frontera por el río, escondiéndote por trillos, veredas y matorrales para que no te atrapen las patrullas de la frontera, no es para débiles”.

Este tipo de viajes se convierten en travesías peligrosas, atravesando caminos de luces y sombras.

“Lo peor es cuando en medio de toda aquella pesadilla, se te aparece “la Bestia”. ¿Por algo le llaman así, no? Pero hasta que no lo vives, no lo crees. Yo antes pensaba que no era más que un tren, una máquina que cruza de país a país. Pensaba que era un viaje en tren, como cualquiera. Hasta que estando ahí te das cuenta que el miedo, los secuestros, los asaltos y la muerte también se suben. Mientras uno va colgando de las escaleras o subido en el techo. Yo fui uno de los atrevidos que montaron a la Bestia. Pero también uno de los que tuvo un poco más de suerte. No me morí, ni perdí ninguna parte de mi cuerpo, a pesar de que vi el terror con mis propios ojos y la muerte me anduvo así de cerquita, fíjese”.

Aun así, Lucas no logró llegar a su destino. Después de montar a la Bestia, se quedó un tiempo en el país de tránsito, tratando de conseguir algo de dinero para poder continuar su viaje. Al principio, las

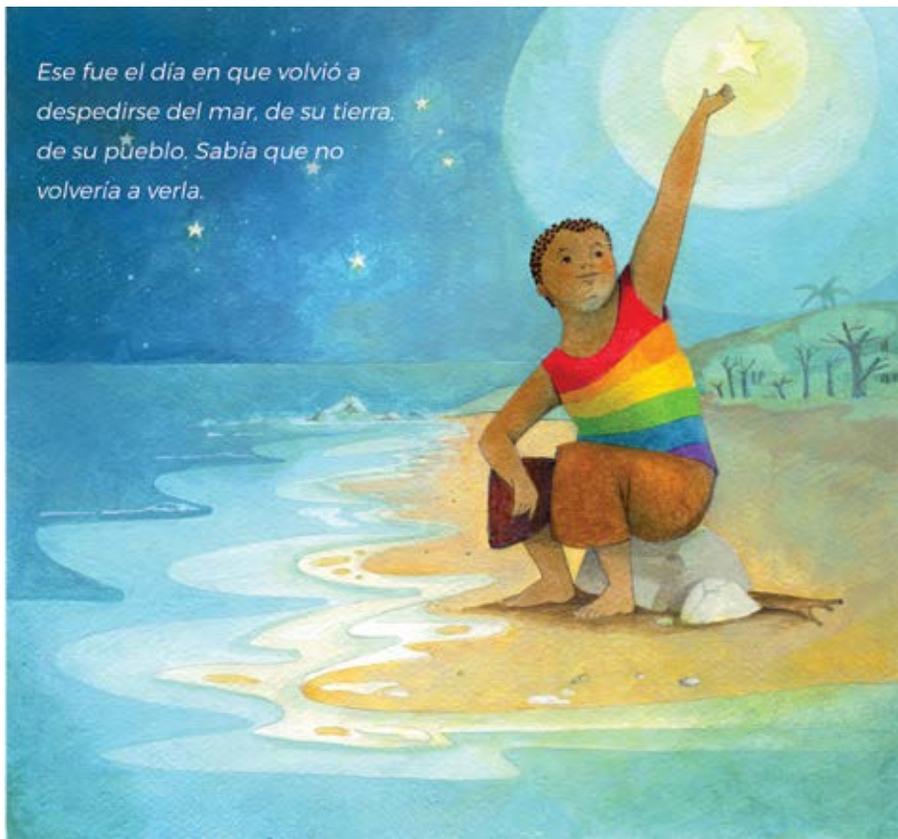
iglesias y personas altruistas le ayudaron. Luego un señor le dio un trabajo, vendiendo jugos, pero solo le pagaba \$5 diarios, muy poco para subsistir. Mientras trabajaba fue detenido y referido a un centro para personas migrantes.

“Después de 8 meses de estar en el centro, me llevaron al consulado de mi país y me mandaron de vuelta. Nunca me había subido en un avión, hasta ese día. ¿Qué me iba a imaginar yo que así sería mi primera vez? No iba para el lugar que yo quería, pero bueno... a pesar de todo, en ningún momento he renunciado a mi sueño de llegar a los Estados Unidos. La idea me sigue dando vueltas en la cabeza. No sé si estoy retando a la suerte. No sé qué me espera. Pero yo aquí no puedo estar. Porque aquí ni soñar puedo ¡Que se agarre la Bestia, porque yo no me voy a rendir! Si ya la monté una vez y viví para contarle, ¿por qué no otra?”



La osadía con que Lucas piensa desafiar a la Bestia delata también su inocencia. En el fondo sigue siendo solo un niño que necesita una familia que le apoye y lo quiera. Necesita hacer valer su derecho a soñar.

Ese fue el día en que volvió a despedirse del mar, de su tierra, de su pueblo. Sabía que no volvería a verla.



JORGE

La noche oscura, despejada de nubes, abrazaba el sonido del mar que violento reventaba contra la costa. Jorge se encontraba sentado en una piedra, pensando. No miraba nada, no se podía ver entre tanta oscuridad, solo podía escuchar la furia de las olas, que al acercarse a la orilla le tocaban suavemente, como si le acariciaran.

Aquella costa Atlántica de un país del Triángulo Norte le daba nostalgia. Ese era su pueblo, su tierra, ese era el mar que había mirado a lo largo de sus 16 años, del cual se despedía. Sus lágrimas, tan saladas como el agua del mar, bajaban desde sus ojos hasta tocar la arena.

Se despedía del mar, porque no había nadie más de quien despedirse. Su familia le había dado la espalda hacía mucho tiempo, ya ni recordaba desde cuándo, y la gente de ese pueblo ni siquiera lo miraba. ¡Qué más daba! Se iría lejos, donde nadie lo conociera y pudiera volver a empezar.

Su piel oscura se posó a descansar sobre la arena. En aquel lugar

donde se sentía solo pero seguro, recordó:

“Yo era feliz en casa, con mamá, papá y mis hermanos. El trabajo de la familia, por ser informal, apenas nos daba para vivir. Alcanzaba justo, pero yo con eso no tenía problemas. Me gustaba tanto estudiar, ir a la secundaria. Yo me sentía como cualquier otro muchacho de mi edad, tenía amistades, la pasaba bien ¿Por qué todo había tenido que cambiar tanto? ¿Por qué no podían aceptarme?”.

Un día de tantos, Jorge había decidido confesar su verdad a su familia. No sabía cómo reaccionarían, se angustiaba de solo pensarlo. Pero ya no estaba dispuesto a vivir a escondidas, no tenía por qué, aunque temía ser censurado, adentro sentía que no tenía nada de malo ser como era. Un día, frente a su mamá, su papá y sus hermanos, alzó su voz y dijo: -Me gustan los hombres-.

El silencio que empañó la sala de su casa fue sepulcral. Algo se había muerto. Era de esperarse de una familia tan religiosa como la suya. Después de unos minutos en aquel velorio, lleno de miradas juzgadoras y bocas abiertas, su padre sentenció: -Eres la vergüenza de la familia, aquí no puedes vivir más... te vas-.

Así fue el destierro familiar para él. Luego de esta expulsión las cosas se pondrían más difíciles. Asumiendo con fortaleza lo que vendría, empezó a vivir entre las calles y algunos días en casa de una familia vecina, que de vez en cuando le dejaba dormir allí.

La luz pareció brillar para él cuando encontró trabajo como mesero, por unos meses. Como pago, únicamente le daban comida y donde dormir, pero tener eso seguro era para él suficiente. La situación se volvió a poner gris, cuando en el restaurante donde trabajaba comenzaron a embriagarlo para vender su cuerpo como un producto más.

Con su autoestima muy lastimada, como si el mar la hubiese golpeado contra los corales, decidió irse a la capital de su país, donde vivió por 6 meses en las calles. Como estrategia de supervivencia, mantenía relaciones sexuales remuneradas con hombres, adultos todos.

Aunque esa forma de ganar dinero no le gustaba, no se comparaba con lo que los policías municipales le hacían, sí, esos funcionarios que se suponía estaban allí para cuidar de las personas:

“Me hostigaban y me obligaban a satisfacerlos... sexualmente, Y si yo me negaba, me amenazaban con dejarme detenido. Y que me detuvieran en una celda era peor,





porque... igual abusarían de mí pero a punta de golpes y usando la fuerza, además de que encerrado ya no podía trabajar”.

En una ocasión un hombre se acercó para contratar sus servicios, y lo llevó a un hotel lujoso. Él no estaba acostumbrado a que lo llevaran a sitios como ese, y sospechó que algo extraño sucedía.

Durante una noche, en medio de amenazas expresadas con palabras, miradas y gestos, fue obligado por hombres adultos a tener relaciones sexuales con otros adolescentes, mientras los filmaban. Estaban grabando pornografía infantil. Aquella situación le provocó enojo y náuseas por varios días. ¿Cómo podía el mundo ser tan absurdo? Nunca supo quiénes eran los otros muchachos, pero en sus miradas podía ver el miedo, el mismo que él sentía desde que fue expulsado de su casa. Sabía que ellos tampoco entendían para qué habían sido llevados a aquel hotel. Algunos eran incluso menores que él.

Jorge no quería seguir sufriendo ni siendo agredido y tratado como una categoría inferior de ser humano por ser homosexual. Por eso, sin dudar, aprovechó el apoyo que tuvo a la mano. Un día mientras trabajaba, fue contactado por un equipo de educadores de calle de una

organización no gubernamental quienes le brindaron información sobre derechos. Jorge les contó lo que había sucedido en aquel hotel y les pidió ayuda.

La organización lo llevó a un albergue, donde pudo comer, bañarse, dormir y estar seguro. También le acompañaron y apoyaron para poner la denuncia ante las autoridades. Tras considerar su caso, la Fiscalía le otorgó el estatus de testigo protegido y lo colocó en un centro especial.

Si bien ese título parecía darle algo de protección, lo cierto es que Jorge debió abandonar el centro donde se encontraba, porque en la práctica, la institución no pudo garantizarle ninguna medida de seguridad para su vida.

Ante el miedo de ser agredido o asesinado por las personas que había denunciado, Jorge tomó una decisión: era tiempo de salir de su país. Ese fue el día en que volvió a despedirse del mar, de su tierra, de su pueblo. Sabía que no volvería a verla. A pesar del miedo a un futuro que tanto podría traerle dichas como desgracias, esa noche su sonrisa blanca brillo más que las estrellas. En medio de la incertidumbre había vuelto la esperanza. No tenía muchas alternativas. Se iría de *"mojado"*¹⁰.

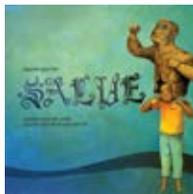
¹⁰ Término popular para referirse a la persona migrante irregular o sin documentación.

Cuando llegó al otro país llamó por teléfono a la organización de su país de origen que le había apoyado anteriormente, para contarles lo que había hecho. Las personas que atendieron la llamada le aconsejaron que solicitara refugio ante las autoridades de ese país, y le apoyaron para obtener la documentación y constancias para respaldar su solicitud de refugio. Así le fue posible comprobar que su temor a sufrir daños a su integridad era fundado. De repente, irónicamente, ese peligro tan real que le esperaba en su país de origen se convertía en su respaldo para no ser deportado. Vio luces encenderse.

“Atrás ha quedado el miedo y la represión. Yo recuerdo que un día hasta llegué a pensar en matarme., Pero ya no. Tengo mucho que agradecerle a este país. Incluso me han permitido estudiar repostería ¡Algún día voy a tener una venta de pasteles! Tengo un trabajo que me permite vivir aquí. Hasta me he enamorado, y también separado, pero así es el amor. Es duro decirlo, pero como aquí nadie me conoce, me siento más libre de cumplir mis sueños”.

Lejos de su pueblo, Jorge espera ser aceptado como refugiado. Mientras tanto, aun cuando ya no mira las olas golpear la noche, siente que puede respirar tranquilo y libre, como el aire de aquella costa. Aunque aún enfrenta discriminación, su situación ya no se compara a la persecución que vivió en su país de origen ¡Ahora puede darse el permiso de ser quien realmente es!





“OTRAS HUELLAS”

*“La utopía está en el horizonte.
Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos
y el horizonte se corre diez pasos más allá.
¿Entonces para qué sirve la utopía?
Para eso, sirve para caminar”*

Eduardo Galeano

A continuación se rescatan algunos extractos de historias de niñas, niños y adolescentes que no pudieron ser incluidas en su totalidad pero cuyas voces nos parece importante compartir con quienes lean este libro.



*Hemos caído en la pobreza (...) muchas veces encuentro a mi mamá llorando porque no tiene nada que darnos de comer. **14 años.***

.....

*Nos vamos porque no queremos que nuestro bebé sufra lo que nosotros sufrimos. **Pareja indígena de 15 años, con una bebé de 4 meses.***

.....

*Como no hice las tareas de la casa a cabalidad, mi mamá me desnudó y me colgó de las piernas en un árbol, cortó una rama del mismo árbol y me pegó con ella. También me pasaba que mi padrastro abusaba de mí. Yo por eso me traje a mis hermanitos de 9 y 8 años, para cuidarlos. Nos vamos a ir a un lugar donde vamos a estar bien. **Niña de 13 años.***

.....

*Pasaban tirando muchos balazos por mi casa, a mí me daba miedo. **3 años.***

.....



*Mi papá era busero y lo mataron porque no le pagó la cuota a los mareros. **10 años***



Viajo rumbo a un país del norte. con mis hermanos de 9 y 10 años, en busca de nuestro padre. Después de la muerte de mamá, no hay quien nos cuide, no tenemos donde vivir.
15 años

A mí me tuvieron detenido con otras personas de Centroamérica., No nos daban suficiente comida ni nos dejaban salir; solo de vez en cuando nos dejaban jugar fútbol. Nadie nos atendía. Siempre nos vigilaba la policía. **17 años**

Cruzamos el río en balsa. **17 años.**

Ya llevo un año en este albergue, no me dejan seguir. Lo que quiero es ir a buscar a mi hijo que tiene 3 años. Cuando tenía un año su papá me lo quitó y se lo llevó a Estados Unidos. A mí me da tristeza que no se acuerde de mí. Pero yo soy fuerte, soy de la Mara Salvatrucha y nadie me va a detener. **14 años.**

Después de permanecer unos días allí tuve comunicación con “Los Zetas” quienes me entrenaron y me indujeron a robar a otras personas migrantes. **17 años.**

Si pudiera quitar algo de mi país serían la violencia, las armas, y la muerte.
Niños de 9 y 11 años.

Yo la verdad quiero regresar, ir a la escuela, sentir el calor de mi país y la comida rica. Ver los colores de mi ciudad.
10 años.





IOM • OIM



PROGRAMA MESOAMÉRICA:
FORTALECIENDO LAS CAPACIDADES
DE PROTECCIÓN Y ASISTENCIA A

MIGRANTES
EN SITUACIÓN DE
VULNERABILIDAD

CON LA COLABORACIÓN DE:

